

aguas vivas

Canaán

Tres hombres ante Canaán
Principios para la toma de posesión
Caleb: una vida de resurrección
La riqueza de su Nombre

Un aviso más

La tragedia del Columbia nos permite apreciar un significado que va más allá de las meras explicaciones técnicas.



Mi embrión vieron tus ojos

Una reivindicación de la maternidad como un acto de consagración a Dios.



Desde el griego: "Huiothesia" - El joven rico que dijo "SI": una biografía de N.L. von Zinzendorf
En esta edición: Escritos de A.B. Simpson, F.B. Meyer, T. Austin-Sparks y Watchman Nee

ENFOQUE DE ACTUALIDAD**Un aviso más**

La tragedia del Columbia nos permite apreciar un significado que va más allá de las meras explicaciones técnicas p. 03

TEMA DE PORTADA**Tres hombres ante Canaán**

Las figuras de Abraham, Moisés y Josué ante Canaán son simbólicas de tres actitudes del cristiano ante Cristo. *Eliseo Apablaza* p. 05

Principios para la toma de posesión

¿Por qué, teniendo un don tan grande y precioso como es Cristo, no echamos mano de él para nuestro pleno deleite? *Rodrigo Abarca* p. 10

Caleb: una vida de resurrección

Para servir al Señor no importa la edad cronológica, ni otras circunstancias naturales, sino hacerlo bajo el principio de la resurrección. *Christian Chen*.....p. 14

La riqueza de su Nombre

Los muchos nombres del Señor Jesucristo en las Escrituras son también diversas gracias concedidas a su pueblo. *Roberto Sáez* p. 17

LEGADO**Nuestra herencia plena en Cristo**

Algunas riquezas de Canaán —es decir, Cristo— disponibles para todo cristiano. *A.B. Simpson* p. 21

Canaán y Cristo

Una hermosa aplicación espiritual del significado tipológico de Canaán. *F.B. Meyer* p. 24

¡Victoria!

La obra poderosa de Cristo en la cruz acabó con los tres más grandes enemigos del hombre. *T.Austin-Sparks* p. 27

Cristo es el camino

Cristo no es sólo el camino para llegar a Dios, sino también es el método para una vida cristiana victoriosa. *Watchman Nee*..... p. 28

SEMBLANZAS**El joven rico que dijo “sí”**

Nicolaus L. von Zinzendorf, promotor de las misiones, y coherente defensor de la unidad de todos los cristianos..... p. 31

MUJER**Mi embrón vieron tus ojos**

Una reivindicación de la maternidad como un acto de consagración a Dios p. 37

hacia la
madurez

El propósito de Dios con los hombres no es sólo hacerlos salvos, sino una vez salvos, edificarlos en el cuerpo, que es la Iglesia, hasta que todos lleguen a la madurez, a la estatura de la plenitud de Cristo. Esta obra de edificación —“santificación”, “madurez”— en el cuerpo es una preparación de la iglesia para tomar parte en los eventos escatológicos que se avecinan. Entre ellos, la preparación de la novia para las Bodas del Cordero, el Tribunal de Cristo, la derrota definitiva de Satanás y el reino milenial de Jesucristo.

Antes de ser cosechado, el trigo ha de estar maduro (“blanco para la siega”); sus espigas han de estar inclinadas —quebrantadas— por los rayos benéficos de nuestro Sol de Justicia. Asimismo, antes de ser útil en la casa del Padre, el heredero ha de alcanzar la adultez.

En este camino hacia la madurez juega un importante papel “la palabra de justicia”, que nos trae una revelación cada vez más clara de Cristo, y de lo que el Padre nos ha dado en él.

La tierra de Canaán es una de las más bellas e instructivas metáforas de Cristo. Concédanos el Padre “espíritu de sabiduría y de revelación” para conocer el profundo significado de ella, y para que tomamos plena posesión de Aquél que fue dado enteramente por nosotros y a nosotros.

Además:

Para Meditar (9)
Bocadillos de la mesa del Rey (16)
Maravillas de Dios (20) · Desde el griego (30)
Perfiles (36) · Citas escogidas (38)
Cartas de nuestros lectores (39)

Suplementos:

“Rucacura 2003” (Especial)
“Tesoros” (Para niños que aman a Jesús)
“Bocetos” (Para jóvenes dispuestos a servir)

Fotografías portada y contraportada:

Mario Contreras T.

Equipo Redactor:

Eliseo Apablaza F., Roberto Sáez F.
Gonzalo Sepúlveda H., Claudio Ramírez L.

Colaboran en esta edición:

Christian Chen, Rodrigo Abarca B.,
Rubén Chacón V., Marcelo Díaz P.

Diseño y diagramación:

Mario Contreras T., Mario Cortés P.

Traducciones

Dalia Studer de Schubert, Esmérita Verdejo de
Canales, Rodrigo Abarca, Andrés Webb.

Finanzas y distribución:

Alicia Cuevas P., Jorge Geisse D.

Llanquín Lucio 01972, Temuco, Chile.

Fonos (45) 261791 – 221202.

E-Mail: redaccion@aguasvivas.cl

Suscripciones:

Jorge Geisse D., Fono/Fax (45) 642904.
jgeissed@hotmail.com · Casilla 3050, Temuco.

Solicitar versiones digitales:

Esmérita Verdejo de Canales.
archivo@aguasvivas.cl

Contactos en EE. UU, Canadá y Puerto Rico:

James Huskey · Spanish Publishing Mission
P.O.Box 1339, Guthrie, OK, (73044) USA.
pieshermosos@yahoo.com

Contactos en México:

Samuel González E. · Apartado Postal Nº 639
C.P. 80000, Culiacán, Sinaloa, MEXICO
sammyglez@yahoo.com

La tragedia del Columbia puede explicarse de mil maneras desde el punto de vista técnico; sin embargo, una lectura más atenta del hecho nos permite apreciar un significado espiritual que va más allá de eso.



un aviso más

Todo se mostraba favorable. Los 16 días que había durado la misión del “Columbia” en el espacio tocaban a su fin. Los objetivos científicos –biológicos, médicos y físicos– que la habían motivado habían tenido el mayor éxito. El astronauta Michael Anderson, desde el espacio, había calificado la misión como “absolutamente fantástica en términos científicos”. Sus siete tripulantes estaban felices.

Por su parte, las condiciones climáticas en el área de Florida eran perfectas para el aterrizaje ese 1° de febrero. Faltaban sólo 16 minutos para que la vieja y pesada nave se posara sobre la losa de Cabo Cañaveral, cuando la estela de luz a 16.000 metros de altura perdió su estilizada figura. Los restos del Columbia se esparcieron por un radio de varios cientos de kilómetros sobre los estados de Texas y Louisiana.

El mundo entero se llenó de consternación. En seguida vino a la memoria la tragedia anterior, del transbordador Challenger en enero de 1986, cuando también sus siete tripulantes murieron en una explosión justo a los 80 segundos del despegue.

En un primer momento, la NASA enmudeció. Pero después declaró estar devastada por la pérdida de los que, según declaró un portavoz, eran más que funcionarios, eran “miembros de una familia”. El Presidente Bush y otros diversos mandatarios del mundo expresaron sus condolencias por lo ocurrido a los familiares. “Es una pérdida para toda la humanidad” declaró el Secretario General de las Naciones Unidas, Kofi Annan.

Perfil de los trágicos héroes

La misión N° 107 de la flota de transbordadores estaba integrada por siete brillantes astronautas, comandados por Rick Husband, un veterano del espacio. Para cuatro de ellos, esta era su primera experiencia espacial. William McCool era oficial de la Marina estadounidense, Michael Anderson,

de la Fuerza Aérea; David Brown, era piloto naval y doctor, Kalpana Chawla, era ingeniero aeroespacial de origen indio nacionalizada norteamericana, Laurel Clark era un oficial de buceo submarino, e Ilan Ramon era piloto de combate, el primer astronauta israelí en la historia.

Ilian Ramón se había convertido en las últimas semanas en héroe nacional en su país. Como hijo de un sobreviviente de Auschwitz, quiso destacar ese simbolismo durante su vuelo espacial, honrando a dos niños muertos en el Holocausto nazi. Llevaba consigo un dibujo de uno de ellos y una Torá que había pertenecido al otro.

Al momento de producirse la tragedia, el padre de Ilan Ramón estaba en una emisora de televisión israelí, invitado para celebrar el aterrizaje del Columbia, el que habría de ser un hito en la historia de Israel.

Una misión científica

La misión del Columbia tenía como objetivo la realización de 80 experimentos, en una amplia variedad de áreas, desde el comportamiento de las hormigas en el espacio y el estudio de proteínas hasta la elaboración de un “perfume espacial”.

Era la primera vez en tres años en que tenía



lugar una suerte de “maratón científica” espacial, con un seguimiento permanente por parte de los astronautas. Para ello, los siete tripulantes se habían organizado en dos turnos de 12 horas cada uno. De los valiosos datos que arrojaron estos experimentos sólo se salvaron aquellos que fueron enviados vía satélite desde el espacio. Una mínima parte.

Algunos de esos experimentos —diseñados por científicos de prestigiosas universidades norteamericanas— tenían como objetivo final el tratamiento de enfermedades como el SIDA, el mal de Alzheimer y la enfermedad de Huntington. Otros habían sido diseñados por estudiantes de Australia, China, EE.UU., Israel y Japón, en total, más de 70 cerebros científicos. Para realizarlos, contaban con un módulo presurizado de investigación y cuatro toneladas de equipos e instrumentos especiales.

¿Accidente o ataque terrorista?

Dado el clima de guerra que impera hoy en el mundo, y especialmente en Estados Unidos (por esos días había una verdadera batalla verbal entre Washington-Bagdad y Washington-Pyongyang), surgió rápidamente la pregunta acerca de la causa de la tragedia. Todos los expertos han desestimado la opción terrorista. Pero hay, a cambio, las hipótesis más diversas. Hay quienes apuntan sus dardos a la antigüedad de los computadores IBM AP-101 encargados de guiar la nave, y corregir su curso; otros, a la antigüedad de la nave, que databa de 1981, con 28 vuelos a su haber.

En días posteriores cobró fuerza la hipótesis del accidente espacial, al informarse que algunas imágenes tomadas el segundo día de la misión mostrarían el desprendimiento de un pequeño objeto de la nave, que podría haber sido causado por un choque con basura espacial durante la órbita.

Los expertos de la NASA han manejado también la hipótesis de la rotura de los paneles térmicos. De hecho, el personal de tierra se percató de que en el momento del despegue, se había desprendido un fragmento de material aislante y había impactado sobre el ala izquierda del transbordador, pero no se consideró en ese momento que representara un riesgo para la seguridad de la nave. Algunas fotos posteriores revelan que esa ala estaba dañada.

Otros apuntan sus argumentos al recorte presupuestario de un 40% que sufrió el Programa de Transbordadores Espaciales en los últimos diez años. Un panel de expertos había advertido ya que el vuelo de un transbordador espacial podía terminar en tragedia si se deterioraban los paneles de aislamiento térmico.

Esclarecer las causas puede “requerir varios meses”, señaló Ron Dittemor, encargado de los programas de transbordadores de la NASA. Pero prometió “remover cielo y tierra” para aclararlas.

Por lo pronto, la NASA ha suspendido todos los vuelos espaciales, hasta que no se dilucide todo esto. Y ha puesto, de paso, en entredicho el futuro

de la Estación Espacial Internacional (EEI), pues la suspensión de los vuelos dejaría sin suministro y atención técnica la EEI. En este momento, hay tres tripulantes en la estación Alfa —dos norteamericanos y uno ruso— que verían retrasado en, al menos, cuatro meses su regreso a la tierra, proyectado inicialmente para marzo.

Con todo, el Presidente Bush, junto con lamentar lo sucedido, reiteró “su profunda fe en los hombres y mujeres de la NASA y su creencia de que el programa espacial debe continuar”. Este gesto fue secundado por los propios familiares de los siniestrados astronautas, quienes agradecieron el apoyo de la gente y de la NASA, y reafirmaron que “la valiente exploración del espacio debe continuar”.

Una reflexión

El Presidente Bush está decidido a llevar adelante el programa espacial. Sin duda, así ocurrirá. El Presidente apela a toda la fuerza y el coraje de la nación más poderosa de la tierra para sobreponerse a este revés. La nación pionera en avances científicos, ¿podrá amilanarse?

Sin embargo, hay fuerzas superiores al coraje de una pujante nación. Hay cosas que escapan a la mente más brillante. Es preciso leer en los hechos aparentemente azarosos, los designios de una Voluntad superior que los gobierna. Apenas transcurrió un año y cinco meses entre la caída de las torres gemelas y la explosión del Columbia, pero Estados Unidos no está leyendo en ello ningún mensaje.

Algunos profetas de Dios en el mismo Estados Unidos han dicho que ese país no quiere oír lo que Dios le está hablando. Dios está tocando sus partes fuertes para hacerlo detenerse en la loca carrera de su soberbia y exitismo; en su pretensión de pensar que Dios está detrás de esa nación respaldando todas sus empresas. Ahora está decidido a emprender una guerra loca de impredecibles consecuencias, contra todo consejo prudente.

Los profetas que Dios le ha mandado no están siendo escuchados. El Presidente está oyendo sólo a sus consejeros, pero no el consejo de Dios. ¿Quién lo detendrá? ¿Habrà hombre que pueda hacerlo, o tendrá que seguirlo haciendo Dios?

“Si Jehová no edificare la casa, en vano trabajan los que la edifican; si Jehová no guardare la ciudad, en vano vela la guardia. Por demás es que os levantéis de madrugada, y vayáis tarde a reposar, y que comáis pan de dolores; pues que a su amado dará Dios el sueño” (Salmo 127:1-2).

Dios no está edificando esa casa, ni guardando esa ciudad. ¿Podrá haber edificación? ¿Podrá ser guardada? ¿Podrá ella tener reposo?

Es preciso leer en los hechos aparentemente azarosos, los designios de una Voluntad superior que los gobierna.



Fuentes:

<http://news.bbc.co.uk/hi/spanish/news/>

<http://www.emol.cl>

Las figuras de Abraham, Moisés y Josué ante Canaán son simbólicas de tres actitudes del cristiano ante Cristo. ¿Cuál de ellos nos representa a nosotros?



tres hombres ante Canaán

Eliseo Apablaza
(Síntesis de un mensaje
oral compartido en
Rucacura 2003).

En muchas partes de la Escritura se dice que Cristo es el regalo que Dios nos ha dado. Dios no nos dio una religión, ni una doctrina; no nos dio meramente un camino, sino que nos dio una Persona, y esa Persona es el Señor Jesucristo.

Reconocemos que Dios ha dado su Hijo, no sólo *por* nosotros sino *a* nosotros, para que sea nuestro. No sólo nuestro Salvador, sino nuestra vida operante, nuestra vida todosuficiente. Pero, ¿cuánto de Cristo hemos tomado?

Recordamos esas palabras que el Señor dijo en Juan capítulo 10: “*Yo he venido para que tengan vida y para que la tengan en abundancia*”. No dice solamente: “*Yo he venido para que tengan vida*”. (Si hubiese dicho hasta ahí, ya hubiera sido una cosa muy grande). El Señor añadió: “*...y para que la tengan en abundancia*”.

Nosotros podemos conocer mucho de Cristo o poco de Cristo; podemos disfrutar mucho de Cristo o poco de Cristo. Pero no debiéramos conformarnos nunca con una cierta medida de Cristo, como si eso fuera todo lo que Cristo es.

Nosotros podemos conocer a Cristo de varias maneras. Y para ejemplificarlo, quisiera que mirá-

ramos a tres patriarcas del Antiguo Testamento. Muchos estudiosos de la Biblia reconocen que Canaán es un tipo de Cristo. Ahora bien, Canaán – es decir, Cristo – fue conocido de tres maneras distintas por Abraham, Moisés y Josué.

Abraham

Abraham fue el primero de los patriarcas al cual se le habló de Canaán. Él tuvo un cierto conocimiento de la tierra, pero no se estableció en ella, apenas hizo un ‘reconocimiento’.

El Señor le dijo a Abraham: “*Esta tierra que ves, te la daré a ti y a tu descendencia después de ti. Por tanto, levántate, ve por la tierra a lo largo de ella y a su ancho, porque a ti la daré*”. Entonces Abraham recorre esa hermosura que se presentaba ante su vista. Todos los días que vivió Abraham, él recorrió la tierra; pero en Hebreos dice que él anduvo en ella como extranjero en tierra ajena. Por esto, podemos decir de Abraham, que siempre aparece asociado en las Escrituras con la fe y la justificación, representa a los creyentes en la primera fase de la vida cristiana.

Cuando nosotros recién llegamos a la fe tuvimos una cierta vislumbre de Cristo. Sin embargo,

tal como Abraham no pudo decir: “Esta tierra es mía. Voy a poner aquí un vallado, voy a plantar una viña y voy a comer de su fruto”, así tampoco nosotros nos apropiamos entonces plenamente de Cristo.

Moisés

Pero también podemos conocer a Cristo como Moisés conoció Canaán. Moisés nació en Egipto. Durante cuarenta años, anduvo con el pueblo en el desierto, deambulando, esperando que cayera esa generación incrédula. Durante todos esos años, Moisés se llenó de expectativas. Él quería entrar en la buena tierra. Sin embargo, en las Escrituras nos encontramos que en más de una ocasión Dios le dice: “Tú no entrarás”.

Esa escena al final de Deuteronomio, poco antes de la muerte de Moisés, es muy conmovedora. Israel estaba al borde de la tierra, a punto de entrar. Entonces el Señor le dice a Moisés: “Sube a ese monte, y yo te voy a mostrar la tierra”. Moisés desde allí pudo alzar su vista y mirar la tierra de Neftalí, de Efraín, de Dan, de Manases, de Judá, hasta el mismo mar Mediterráneo. Sin embargo, Dios le dice: “Te he permitido verla con tus ojos, mas no pasarás allá”. ¡Qué terrible sentencia para un hombre como él! Cuarenta años había soñado con algo que no pudo concretar.

Moisés nos habla de otra etapa en nuestra vida como cristianos. Moisés es la ley. Él era un hombre íntegro, manso, equilibrado. Sin embargo, por causa de lo que él representa, no pudo entrar a poseer Canaán. Ningún cristiano que camina bajo el imperio de la ley puede realmente disfrutar de Cristo. Él nunca conocerá toda la riqueza, toda la gloria, toda la hermosura, toda la herencia que tiene en Cristo.

Josué

Pero también podemos conocer a Cristo como Josué conoció Canaán. Josué representa la gracia. Todo lo que nosotros podemos recibir, alcanzar y crecer en Cristo, es por gracia. No es por obras, para que nadie se gloríe. Nosotros fuimos justificados por gracia, y alcanzamos la plenitud de vida en Cristo por gracia.

Tal vez haya algunos de nosotros que piensen que, si bien llegamos a Cristo en la más absoluta impotencia –fracasados, heridos, esclavizados, desesperanzados, hundidos– ahora que tenemos a Cristo, podemos alcanzar la plenitud si nos esforzamos, porque ahora estamos en mejores condiciones. El Señor nos limpie de este pensamiento, para que nuestra fe sea pura. ¡Solamente en Cristo hay salvación! ¡Solamente en Cristo hay plenitud!

Al llegar a Josué, la gracia tiene un renovado sabor. La gracia que recibimos al comienzo, fue una cierta medida de gracia. Sin embargo, la gracia que alcanzamos ahora, después de haber andado en la ley de las obras, después de haber probado los fracasos durante 40 años, es una gracia mayor que la primera, es una gracia superabundante.

En Efesios 2:6 dice: “*Y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús, para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús*”. Hay una sola forma en que Dios pueda mostrar las abundantes riquezas de su gracia, y esa está dada en el versículo anterior. “... *Nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús*”. Solamente estando en esa posición de descanso –sentados– a la diestra de Dios, con Cristo, Dios puede manifestar las abundantes riquezas de su gracia a través de nosotros. Que el Señor abra los ojos de nuestro entendimiento, para ver cuán precioso es esto.

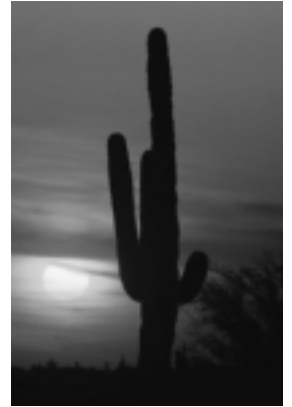
Redescubriendo Romanos 7

La vida cristiana aparece muy bien ordenada en sus diferentes etapas en el libro de Romanos. El capítulo 5 nos habla de la justificación por la fe. Romanos 6 nos dice que fuimos muertos al pecado, porque fuimos incluidos en Su muerte. Romanos 7 va un poco más allá, y nos dice que nosotros hemos sido muertos a la ley mediante el cuerpo de Cristo. Romanos 8 nos muestra la vida en el Espíritu, es decir, la vida plena en Cristo. Noten ustedes: comenzamos con la justificación, luego seguimos con nuestra muerte al pecado y con nuestra muerte a la ley, para finalmente llegar a vivir una vida plena en Cristo. Justamente antes de Romanos 8 está Romanos 7: la muerte a la ley. ¡Esta es la verdad fundamental que nosotros tenemos que ver antes de poder entrar en Romanos 8! Si no vemos que Cristo nos libertó del imperio de la ley no podremos entrar en la vida plena.

Siguiendo la alegoría de los tres patriarcas, tenemos que esperar que Moisés muera antes de poder entrar a Canaán a disfrutar de todo lo que es Cristo. Para pasar de Abraham a Moisés (es decir, de la fe a las obras), no cuesta mucho. En realidad, uno va cayendo casi imperceptiblemente en ellas. Todos los que hemos caminado algún tiempo, sabemos lo que es caer de la fe a las obras.

Ahora, ¿cómo salir de Moisés para entrar en la realidad de Josué que es la toma de posesión de la herencia en Cristo? No hay otra forma sino asumir la realidad de Romanos 7.

De todos los capítulos de Romanos, tal vez sea éste el más incomprensido. La causa de esa incomprensión está, en primer lugar –para nosotros, al menos, que usamos la Versión Reina-Valera 1960– en el equívoco título que lleva: “Analogía tomada del matrimonio”. Eso induce a pensar que aquí la verdad principal tiene que ver con el matrimonio. Y la otra razón, es que casi siempre que se cita Romanos 7, se cita desde el versículo 7 en adelante para mostrar cuál es la condición de un cristiano que aún está bajo la ley. Así nos vamos deslizando por esos razonamientos tan intrincados y tan hermosos a la vez, que no son otra cosa sino una demostración de la realidad de un cristiano que aún no se ha visto muerto a la ley mediante el



Siguiendo la alegoría de los tres patriarcas, tenemos que esperar que Moisés muera antes de entrar a Canaán a disfrutar de todo lo que es Cristo.

cuerpo de Cristo.

De tal manera que ahora tenemos que predicar este evangelio a los cristianos. Romanos 8 no puede ser vivido a menos que veamos la realidad de Romanos 7: 4, 5 y 6: *“Así también vosotros, hermanos míos, habéis muerto a la ley mediante el cuerpo de Cristo, para que seáis de otro, del que resucitó de los muertos, a fin de que llevemos fruto para Dios. Porque mientras estábamos en la carne, las pasiones pecaminosas que eran por la ley obraban en nuestros miembros llevando fruto para muerte. Pero ahora estamos libres de la ley, por haber muerto para aquella en que estábamos sujetos, de modo que sirvamos bajo el régimen nuevo del Espíritu y no bajo el régimen viejo de la letra”*. ¡Así que, estamos libres de la ley! Esta es una verdad muy gloriosa. Cuando nuestros ojos se abren para verla, sentimos muchos deseos de alabar al Señor.

Amados hermanos, la tierra prometida –Cristo– está delante de nosotros para ser disfrutada en plenitud, para hallar todo reposo en ella. Esta es una realidad que está a nuestro alcance. No tenemos que subir al cielo, porque el que estaba arriba ya bajó a nosotros; no tenemos que bajar al abismo, porque el que bajó allá, ya subió de allá. Jesucristo, el que está a la diestra de Dios, está también dentro de nosotros por el Espíritu Santo, y nos ha sido dado entera y gratuitamente.

El poder del pecado es la ley

¿Cómo vencer el pecado? ¿Cómo tener una vida cristiana victoriosa? Estas son preguntas para las cuales hay muchas respuestas. Se han escrito muchos libros al respecto. Sin embargo, en Romanos 6:14 está la clave: *“Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia”*. El hecho de estar libres de la ley, automáticamente, nos libera del poder del pecado.

Veamos, para corroborar esto, 1 Corintios 15:56. *“...ya que el aguijón de la muerte es el pecado, y el poder del pecado, la ley”*. El poder del pecado es la ley. Eso resulta muy extraño, porque siendo la ley justa, buena y santa, dada para el bien del hombre, ¿cómo es que viene a reforzar el pecado? Cuando a un niño se le dice: “No hagas esto”, ¿qué es lo más probable que ocurra? ¡Que lo haga! Ahí se demuestra cómo la ley es el poder del pecado. Si tú prohíbes algo, vas a incitar a que esa prohibición sea infringida. Por eso es necesario que los cristianos sepamos que estamos libres de la ley mediante el cuerpo de Cristo.

Nosotros creemos y recibimos la obra de Cristo en la cruz, porque él allí tomó sobre sí el acta de los decretos que había contra nosotros, quitándola de en medio y clavándola en la cruz. ¡Ahí estaba la ley! Esos eran los decretos que había contra nosotros, que nos mandaban y condenaban –“Si no haces esto, morirás”–. ¡Ahora estamos libres de la ley! Por tanto, *“el pecado no se enseñoreará de vosotros”*.

Puede ser que por años haya habido en el corazón tendencias pecaminosas que nunca –ni con las muchas oraciones, ni con los ayunos, ni con ninguna fórmula leída o escuchada– hayan podido ser vencidas. Recién la victoria se produce al ver esta palabra. Simplemente, consiste en ver, no en hacer. Moisés no pudo entrar en Canaán, pues cayó víctima de sus propios principios y mandamientos. Moisés, el hombre más manso que pisaba la tierra no pudo entrar por un arranque de ira. ¿No es decidor eso?

Eso es lo que pasa con la ley: produce ira. *“Pues la ley produce ira; pero donde no hay ley, tampoco hay transgresión”* (Romanos 4:15). Pero los herederos de Canaán son los de fe: *“Porque si los que son de la ley son los herederos, vana resulta la fe, y anulada la promesa”* (v. 14). *“Por tanto, es por fe, para que sea por gracia”* (v. 16). ¡Aleluya! ¡Es por fe, es por gracia!

Hermanos, los enemigos que nosotros tenemos y que nos impiden entrar en el disfrute pleno de Cristo, no son los demonios, no es Satanás, no son los enemigos de carne y hueso, no son las ciudades amuralladas. Los mayores enemigos están dentro de nosotros, y son nuestra incredulidad, en nuestro afán, nuestra confianza en nosotros mismos. El Señor permita que, por el poder de la palabra, nosotros seamos más y más limpiados.

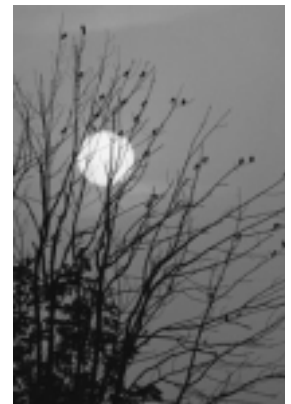
Josué fue quien introdujo al pueblo en la tierra. Su nombre significa “Dios salva”. Antes, él se llamaba Oseas, que significa “salvación”. Sin embargo, el Señor le cambió el nombre. Es Dios quien nos salva, quien nos libera. Es por la obra preciosa de Jesucristo en la cruz del Calvario. Su muerte tuvo una repercusión tan grande, no sólo para nuestros pecados, sino para nuestra liberación de la ley y nuestra liberación del pecado. Ahora sí podemos tomar todo Cristo.

Los poderosos hechos de la cruz

El salmo 145 dice: *“Generación a generación celebrará tus obras, y anunciará tus poderosos hechos. En la hermosura de la gloria de tu magnificencia y en tus hechos maravillosos meditaré”*. Cuando leemos estos versos, tendemos a pensar en la obra de la creación. Sin embargo, la obra más gloriosa, los hechos más portentosos de Dios, ocurrieron en la cruz del Calvario. Crear el universo, no fue un problema para Dios. Solamente él dijo, y las cosas vinieron a ser. Aun para crear al hombre, él tomó un poco de polvo y le dio forma con tres de sus dedos. Pero, para darnos a nosotros todo lo que nos ha dado en Cristo, el Hijo de Dios tuvo que venir del cielo, nacer como hombre, vivir como un proscrito, ir a la cruz injustamente, morir como un malhechor, derramar su sangre, cargar con nuestros pecados, cargar con el viejo hombre, cargar con el peso de la ley... ¡Esos sí que son hechos portentosos, maravillosos! ¡De ellos nos gloriaremos!

Es un deleite meditar cómo lo hizo él para sacarnos de encima el hombre pecaminoso carnal;

La tierra prometida –Cristo– está delante de nosotros para ser disfrutada en plenitud, para hallar todo reposo en ella.



cómo lo hizo él para darnos una vida tan poderosa; cómo lo hizo él para que se produjera el maravilloso trueque de mi 'yo' muerto por un Cristo vivo. Todo lo mío por todo lo suyo; lo mío, contaminado, sucio, vil; por lo suyo, eterno, vivificante, resplandeciente.

“Recibir” es una palabra del Nuevo Testamento

Algunos de nosotros hemos sido así, más o menos, con el Señor: “Señor, hagamos un negocio. Dime: ¿Cuánto vale la vida abundante? Tal vez el dinero me alcance. Tengo algunos ahorros en el banco; puedo vender mi casa, mi auto, todo lo que tú digas. Yo te pago; pues yo quiero vivir plenamente. Estoy cansado, Señor, porque escucho la palabra, leo la Biblia, oro, ayuno, asisto a las reuniones, pero veo que hay una insatisfacción tan grande todavía dentro de mí. Tú viniste a dar vida y vida en abundancia, pero yo no la estoy disfrutando. Señor, ¿cuánto vale?”.

Esa ha sido nuestra actitud. Pero es aquí donde la palabra del Señor nos vuelve a ayudar. “*Pues si por la transgresión de uno solo reinó la muerte, mucho más reinarán en vida por uno solo, Jesucristo, los que reciben*—los que reciben—*la abundancia de la gracia y del don de la justicia*” (Rom.5: 17).

Si usted busca en la Concordancia cuántas veces aparece en la Biblia la palabra “recibir”, en la relación del hombre con Dios, descubrirá que prácticamente no aparece en el Antiguo Testamento. ¡Es una palabra propia del Nuevo Testamento! Los judíos, que estaban bajo la ley, no conocían el significado de la palabra ‘recibir’, porque a ellos se les había dicho: “*El que hiciera estas cosas vivirá por ellas*”. ¡Ellos tenían que cumplir! Pero resulta que en el Nuevo Testamento la palabra ‘recibir’ aparece por todos lados, y apenas abrimos el evangelio de Juan se nos dice: “*A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron, mas a todos los que le recibieron...*—¡A los que le recibieron!—*les dio potestad de ser hechos hijos de Dios*”.

Así que vamos a decirlo de esta manera: Hermano, si tú no tienes, es porque no has recibido, y para recibir, hay que tener las manos vueltas hacia arriba. Es todo lo que hay que hacer. A veces hemos querido darle algo a nuestros hijos pequeños. “¡Pon tu mano! Voy a darte algo...” Y él nos ha puesto la mano cerrada, porque tiene en ella agarrado firmemente algo: un clavo, una bolita, un papelito... “¡Abre tu mano! Quiero darte algo...” Y ahí tiene aferrado aquel pequeño tesoro. Así también hacemos nosotros con Dios. ¡Para recibir hay que tener las manos vueltas hacia arriba ... y tenerlas vacías!

Los cristianos insatisfechos, que están todavía sedientos, que se sienten fracasados, que todavía aman el mundo, que todavía miran a la mujer de su prójimo con concupiscencia, tienen todavía en sus corazones un vacío que no ha llenado Cristo. Porque cuando está la plenitud de Cristo no hay ningún deseo de esos. Hay una sensación de llenura

tal, hay un gozo tal, que allí no puede anidarse ninguna cosa extraña. La vida de Cristo está bullendo dentro, y nuestra copa está rebosando. ¡Es la plenitud de vida en Cristo!

En descanso y en reposo seréis salvos

A un hombre carnal le cuesta quedarse quieto, no sabe esperar. Y ese es nuestro gran problema. Dile a un cristiano inmaduro que tiene que quedarse tranquilo, que tiene que esperar y recibir. Él va a decir: “No, no puede ser. Eso es flojera. Hay que hacer algo. Dígame lo que haya que hacer, yo lo haré”. Y el Señor nos dice: “*Estad quietos, y conoced que yo soy Dios*”. Y también nos dice: “*En descanso y en reposo seréis salvos; en quietud y en confianza será vuestra fortaleza*” (Isaías 30:15).

Oh, Señor, en descanso y en reposo queremos ser salvos, en quietud y en confianza queremos ser fuertes en ti. Te esperaremos a ti, Señor. Nuestra fuerza no es nada. Tuya es toda la fuerza. Nuestra victoria no es nada, ¡tuya es la victoria! Nuestra vida, la vida ‘psiqué’ es una vida mortal; la vida tuya, la vida ‘zoé’, la vida eterna, esa sí que es vida, ¡esa es la vida abundante! ¹

No los Moisés, sino los Josué

Prosigamos. La toma de posesión de Canaán es una buena metáfora de Cristo como nuestra vida abundante y victoriosa.

El Señor dijo a Josué: “*Mi siervo Moisés ha muerto; ahora, pues, levántate y pasa este Jordán, tú y todo este pueblo, a la tierra que yo les doy a los hijos de Israel*”. Noten que es la tierra “que yo les doy”. No es la tierra que ustedes conquistarán, no es la tierra que ustedes comprarán: ¡es la tierra que yo les doy! Es un regalo, es un don. ¡Cristo es un don!

“*Mi siervo Moisés ha muerto*”. La ley ha muerto. El desierto quedó atrás. El hombre que los exigía, ese hombre intachable que les ponía una vara tan alta ya no está. Ahora pues, tú, Josué, pequeño, tú que eres débil, tú que tiemblas, tú que anduviste cuarenta años pegado a las faldas de Moisés, ahora levántate. Moisés murió. Tú pasarás el Jordán. Tú entrarás en la tierra.

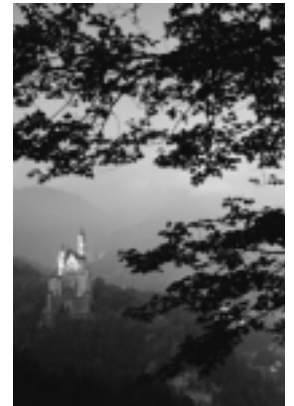
No son los grandes Moisés, llenos de méritos, los que entran en Canaán; sino los pequeños Josué, tímidos y hasta pusilánimes, los que se apropian de Cristo.

Aliento para los fracasados

Nosotros estamos acostumbrados a mirar los méritos del hombre. Toda la vida humana está basada en los méritos para alcanzar alguna forma de promoción. Pero en Cristo es al revés, porque sus caminos no son nuestros caminos, porque sus pensamientos son más altos que nuestros pensamientos. La vida abundante se encuentra cuando tú has llegado al tope; no al tope de arriba, sino al tope de abajo.

¿Has llorado tú por tus fracasos? ¿Has pensado

Los cristianos insatisfechos, que están todavía sedientos, que se sienten fracasados, que todavía aman el mundo, tienen todavía en sus corazones un vacío que no ha llenado Cristo.



que las promesas de Dios son para gente superior a ti? Cuando lees la vida de los grandes siervos de Dios, cómo los admiras, cómo los envidias, pero llega el momento en que te sientes tan abrumado, que cierras el libro y dices: ¡Yo no puedo, esto no es para mí, nunca jamás seré un vencedor! ¿Te ha pasado alguna vez?

Amados hermanos, tenemos un mensaje que darles hoy: Moisés no entró en Canaán, entró Josué. Por esas palabras del Señor a Josué: “*Esfuérzate y sé valiente...*” que se las repite Dios y luego el pueblo, muchos han pensado que a Canaán entran sólo los valientes y los fuertes. Yo también lo entendí así por mucho tiempo. Y esa sola idea me dejaba afuera automáticamente. Sin embargo, debemos entender que Josué era un hombre dubitativo, que se equivocó y tuvo temor. Era un hombre que estaba acostumbrado a seguir a otro. Por eso fue necesario casi empujarlo para que pasara el Jordán.

Eso nos da confianza a nosotros, porque todo el libro de Josué es una buena nueva. No es por las obras, no es por los méritos, no es por lo que tú hagas. ¿Quieres entrar a poseer la plenitud de Cristo? Deja de hacer lo que estás haciendo. Olvídate de tus métodos para agradar a Dios. Si tú piensas que es porque lees la Biblia una vez al año, no la lees una vez al año. Si piensas que es porque ayunas un día a la semana, deja de ayunar ese día a la semana. O si es

por orar tres horas al día, di: No oraré más tres horas al día.

No sé cómo decirlo –esto puede interpretarse mal, como que no hay que orar, ni que leer la Biblia o ayunar–. Lo que estamos diciendo es que tenemos que derribar aquello en lo cual nosotros ponemos nuestra confianza. Todo aquello en lo cual nosotros nos apoyamos, tiene que caer. Recién entonces conoceremos si el Señor nos sustenta o no, si la vida que él ha puesto dentro es poderosa o no.

¡Amados hermanos, este es un hallazgo tan grande! Si tú jamás pensaste que podrías ser libre del pecado, de los malos pensamientos, los malos deseos; que podrías mantenerte en esa condición, libre, libre, sin seguir una ley de piedad en la carne; si nunca pensaste que eso fuera posible, ¡te digo que es posible! Absolutamente posible. Aun más, no es sólo posible, es lo que Dios desea, es lo que Dios quiere, para que tú puedas decir: Cristo no es sólo mi Redentor; ¡él es mi sustentador, él es mi victoria, él es mi vida abundante!

¹ *Psiqué* y *Zoé* designan dos tipos distintos de vida, que es posible hallar en el Nuevo Testamento griego. *Psiqué* es vida psíquica o anímica; y *Zoé* es vida espiritual. La primera se relaciona con el alma; la segunda con el espíritu. Por ejemplo, *Psiqué* aparece en Mateo 16:25; y *Zoé*, en Romanos 8:6.



PARA MEDITAR



En todas las pruebas y sufrimientos en las que podamos encontrarlos, es imposible dudar de la bondad de Aquel que ha querido tomar nuestro lugar en el juicio; si lo pensamos, eso pone una barrera infranqueable ante todo sentimiento indigno de nuestra parte hacia Él, quien nos

demonstró un amor tan grande. Los designios de Dios para con nosotros no pueden tener otra fuente más que su amor revelado en Jesucristo nuestro Señor.

J. Foulquier, en revista "Creced"

¿Has oído alguna vez decir a uno de nuestro modernos cristianos activistas lo siguiente? “No sé cuándo voy a encontrar una doctrina de la vida abundante que me resulte satisfactoria”. En realidad, existe sólo una respuesta a esta clase de búsqueda: fija tus ojos en Jesús y entrégate completamente a él, porque es Dios y Cristo, redentor y Señor: “Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos.” ¿Cómo podemos ser tan ignorantes e insensibles como para tratar de encontrar las respuestas espirituales y la vida abundante mirando más allá del único que ha prometido no cambiar jamás?

A. W. Tozer, en Manantiales de lo alto

El hombre a quien Dios puede usar para regir a su pueblo y establecer su reinado, el hombre conforme a su corazón, que le agrada, es aquel de quien puede decir: hará todo lo que quiero.

Andrew Murray, en Cómo vivir en la voluntad de Dios

No hay ninguna persona que sea común. Usted nunca ha dirigido la palabra a un simple mortal. Las naciones, las culturas, las artes, la civilización, todas son perecederas, y su vida es a la nuestra como la vida de un mosquito. Pero es con inmortales que bromeamos, que trabajamos, que nos casamos; son inmortales a quienes desairamos y explotamos; espantos inmortales o llamas eternas.

C.S. Lewis

¿Qué diferencia hay entre una persona que nunca necesita ayuda y otra que ha aprendido a buscarla en Dios? No es que la primera actúe mal y la segunda bien. El ateo autosuficiente puede ser una persona buena y con principios. Pero es como un arbusto que crece en el desierto: si se basta a sí mismo, corre el riesgo de secarse y marchitarse cuando se le acabe lo que lleva dentro. En cambio, quien acude a Dios se asemeja a un árbol plantado junto a un arroyo, lo que comparte con el mundo proviene de una fuente inagotable, de modo que jamás se seca.

Harold Kushner, en revista "Gethsemani"

¿Cuándo aprenderemos que Dios no está en el viento del órgano, ni en el fuego de los aleluyas, sino en el silbo apacible y delicado? ¿Quién que lo haya presenciado no se acuerda del bendito silencio que sigue al sermón en el tabernáculo del Sr. Spurgeon? El pueblo se va, llevando en su corazón la palabra de amonestación, de exhortación y esperanza como el último sonido que cayó sobre el oído. Se marchan al compás de una conciencia que acusa o excusa, y no a la música del órgano. ¡Qué poder tiene el silencio!

A.J. Gordon



¿Por qué, teniendo un don tan grande y tan precioso como es Cristo, nuestra herencia, no hemos echado mano de él para nuestro pleno deleite? La razón de ello es que hemos ignorado ciertos principios fundamentales.

principios

para la

toma de posesión

Rodrigo Abarca B.

(Síntesis de un mensaje oral compartido en Rucacura 2003).

Lectura: Josué 14:6-15

La tierra de Canaán tipifica de una manera maravillosa y muy completa al Señor Jesucristo. La plenitud de la tierra es la plenitud de Cristo, y la posesión de la tierra es, por lo mismo, la posesión plena de nuestro Señor Jesucristo. El Padre nos ha dado una tierra, una herencia de gracia, el don de su Hijo amado, para que sea total y completamente nuestro.

Ustedes saben que la historia de Israel quedó registrada para que nosotros, considerándola, podamos tomar ejemplo y obtener de ella las lecciones espirituales que van a ser fundamentales para nuestro andar y nuestro progreso en el Señor. Todo el Antiguo Testamento es una gran tipología en clave, cuya llave maestra de interpretación, quien le da verdadero sentido, es nuestro Señor Jesucristo. Cuando venimos al Antiguo Testamento y recorremos sus páginas a la luz de la revelación de Jesucristo, ellas cobran sentido para nosotros. El Antiguo Testamento no es simplemente historia antigua, es mucho más que eso: es tipológicamente la historia de Cristo y de su iglesia. Porque el misterio eterno de la voluntad de Dios, todo el propósito de Dios apunta desde la eternidad hacia Cristo y hacia su iglesia.

Considerando esto, veamos en el texto de Josué 14:6-15 algunas verdades relacionadas fundamentalmente con la toma de posesión de la tierra.

Un fracaso histórico

La tierra nos fue concedida de gracia. Jesucristo el Señor es todo nuestro, para que lo disfrute-

mos en plenitud. Sin embargo, ¿por qué a lo largo de los siglos, la cristiandad ha fracasado en la posesión de la tierra? ¿Por qué, si Cristo es todo nuestro, no lo hemos disfrutado plenamente? ¿Por qué, teniendo un don tan grande y tan precioso, no hemos echado mano de esa herencia? ¿Por qué, si podemos vivir una vida superior, en el plano celestial, nos hemos contentado con vivir una vida en el nivel de lo terrenal? ¿Qué ha fallado, hermanos?

¿Alguien que ha buscado sinceramente a Cristo puede decir: “Él me falló”? Cuando tú le has buscado con todo tu corazón, ¿le has hallado? Dice la Escritura: *“Me buscaréis y me hallaréis, porque me buscaréis de todo vuestro corazón”*. Pero si eres más o menos indiferente a la visión celestial, al propósito divino, si tu corazón no arde con el propósito de Dios, entonces tú no puedes tomar posesión de la tierra. Por eso quisiera que viéramos la historia de Caleb y cómo él entró y tomó posesión de la tierra prometida.

Una tierra de gigantes

El monte Hebrón es el monte más rico de Israel. Cuando los espías —entre los cuales estaban Josué y Caleb— entraron por primera vez en la tierra, cuarenta y cinco años antes de este pasaje, fueron en primer lugar hacia Hebrón. Ellos reconocieron la tierra, pero fundamentalmente pasaron por Hebrón, y cuando volvieron a Moisés, dijeron: “Jehová ha dicho la verdad. Verdaderamente la tierra es una tierra que fluye leche y miel. Pero vimos también allí a los anaceos, los gigantes de la raza de Anac”.

Los israelitas habían salido de Egipto, habían dejado atrás la esclavitud, y luego de algunos meses llegaron hasta la frontera de la tierra prometida. Eso había sucedido cuarenta y cinco años antes. Israel estuvo a la vista de la tierra que fluye leche y miel, pero no entró en ella. ¿Por qué no entró? Porque, cuando volvieron aquellos espías, dijeron: “En verdad es una tierra que fluye leche y miel —en verdad, Cristo es precioso; en verdad, es maravilloso— pero también están allí los gigantes de la raza de Anac: el precio que hay que pagar es demasiado grande”. Y, mientras decían esas palabras, atemorizaron el corazón del pueblo.

Cristo es precioso, pero para poseer en plenitud a Cristo, debemos entrar en la tierra y enfrentarnos con las ciudades amuralladas, enfrentar a los gigantes. Esto parece extraño: si Cristo es un don de gracia, ¿cómo es que hay gigantes en la tierra que Dios nos dio por heredad? Es un don, pero Dios nos da un don que parece difícil de aceptar. Entonces, aquel pueblo que había salido de Egipto temió y se negó a entrar en posesión de la tierra de Dios. ¡Mira la tragedia de esa generación! Tuvo al alcance de la mano la más grande de las riquezas y de las promesas, y no tomó posesión de ella.

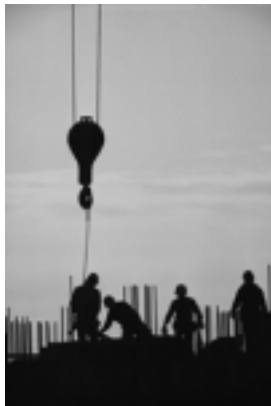
Hay que pagar un precio

Nosotros debemos saber que hay una diferencia entre la revelación del propósito de Dios, el misterio de Cristo, y la posesión de ese misterio, la plena vivencia de él. Tú puedes tener la ‘revelación’, el entendimiento, la visión; puedes tener a la vista la tierra prometida, pero no por eso has tomado posesión de ella. Se requiere algo más. No sólo verla, tienes que entrar y poner tus plantas sobre ella. Y mientras avances, te vas a encontrar con los gigantes de la raza de Anac, y con las ciudades amuralladas. Dios no nos está engañando acerca de la tierra. Los israelitas incrédulos juzgaron que Dios les había mentado. Pero él no les había mentado.

Grandes multitudes iban en pos de Jesús, porque el Señor es la tierra de la abundancia. Nadie venía a él para luego irse con las manos vacías, ¡porque Cristo es la tierra que fluye leche y miel! Pero a esas multitudes que iban en pos de él, les dijo: “*Si alguno quiere venir en pos de mí, tome su cruz cada día, y sígame ... El que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que la pierda por causa de mí, la hallará*”. El Señor nunca nos ha mentado. Es verdad que Cristo es la plenitud, pero él también nos dijo que para llegar a la plenitud, debemos seguir el camino de la cruz. No hay otra forma de entrar en la tierra de Dios, sino a través del camino de la cruz.

Ahora tenemos el mandato de Dios de tomar posesión de todo lo que está en Cristo. Y tú sabes lo que significa eso, ¿sabes qué precio hay que pagar para tomar en posesión a Cristo? Si lo supieras, ¿querrías aun así pagar ese precio? Es cierto, es un don de la gracia, pero también están allí los gigantes y las ciudades amuralladas.

Antes de entrar en la tierra, la carne debe ser quitada de en medio; el viejo hombre no puede entrar por sus propias capacidades. La carne no puede poseer a Cristo.



La iglesia disfruta de la plenitud

Caleb y Josué podrían haber tomado inmediatamente la tierra, porque ellos creyeron al Señor. Pero no era así la voluntad de Dios, porque él no quería que entraran solos; él quería que todo su pueblo entrara en posesión de la tierra.

Para poseer la tierra, Dios no busca simplemente individuos excepcionales. Aunque Caleb y Josué sean excepcionales; con todo, ellos, por sí mismos, no estaban en condiciones de poseer la tierra de Dios. Ningún hombre, por muy recta que sea su fe delante de Dios, podrá entrar en la plenitud de Cristo, porque ésta no es la posesión de ningún individuo en particular, sino que es para ser disfrutada por la iglesia de Jesucristo. ¡La plenitud de Cristo es para su iglesia! Tú no puedes entrar en la tierra solo, aunque seas Josué, aunque seas un siervo de Dios, aunque tengas otro espíritu, aunque tu visión de Dios sea diferente.

En el pasado, muchos hermanos han escrito libros acerca de cómo vivir una vida cristiana victoriosa, más abundante, más profunda. Eso está bien en cierto sentido, pero está equivocado en otro sentido, porque deja la impresión de que uno personalmente puede llegar a vivir la plenitud de Cristo. Hermanos, la plenitud de Cristo es algo mucho más grande de lo que tú y yo como individuos podemos contener. Cristo es demasiado grande para ser contenido en vasos individuales. Es más, Dios diseñó en la eternidad un solo vaso para ser la plenitud de su Hijo Jesucristo, ¡y ese vaso es la iglesia de Cristo!

El desierto es la cruz

Aunque Josué y Caleb eran hombres espiritualmente más crecidos que sus hermanos, y aunque tenían una comprensión mayor de las verdades de Dios, aun así ellos debieron recorrer los mismos cuarenta años junto al pueblo de Israel por el desierto. Aquí hay una lección espiritual muy importante: ¿Por qué Josué y Caleb anduvieron cuarenta años en el desierto junto a Israel? ¿Qué representa el desierto? En la Escritura, el desierto es el lugar de la prueba de Dios. Allí no hay nada, todo es seco, desolado, árido; no hay vida. Cuando caminas por allí, estás caminando a través de la muerte. La caída de la primera generación significa que todo lo que era del viejo hombre, todo lo que venía de la carne debía morir en ese desierto.

El desierto representa la obra de la cruz; es el tiempo que Dios se toma para tratar con tu carne y con mi carne. Antes de entrar en la tierra, la carne debe ser quitada de en medio; el viejo hombre no puede entrar por sus propias capacidades. La carne no puede poseer a Cristo. Los cuarenta años de esa generación en el desierto significan que el viejo hombre fue desplazado, que una nueva generación surgió: un nuevo hombre en Cristo Jesús.

La visión de Cristo

De todos los hombres y mujeres que salieron de Egipto siendo adultos, solamente Caleb y Josué

no murieron en el desierto. ¿Cómo fue que Caleb y Josué pudieron entrar? ¿Cómo es que estos hombres sobrevivieron y pudieron entrar en la tierra de Dios? Veamos:

“Yo era de edad de cuarenta años cuando Moisés siervo de Dios me envió desde Cades-barnea a reconocer la tierra; y yo le traje noticias como lo sentía en mi corazón” (Josué 14:7). “Yo fui enviado y entré en la tierra. La vi con mis propios ojos, la toqué con mis manos; comí sus frutos. Tuve una visión, una experiencia de la tierra, y esa tierra se me pegó en el corazón”. Caleb vio el monte Hebrón, y ese monte se le pegó en el corazón. Durante aquellos cuarenta años, mientras él vagaba por el desierto, una cosa lo mantenía en pie; había una promesa de Dios en su corazón. Él había visto la tierra, y Dios le había dicho: “Tú entrarás”. Así que durante todo ese tiempo, cuando la cruz estaba operando, había algo que mantenía en pie a Caleb: era la visión de lo que Dios le había mostrado, era la visión de la tierra, ¡era la visión de Jesucristo!

Hermano amado, primero necesitamos una visión de Cristo; no un concepto, no ideas, no teologías, no la doctrina sobre Jesucristo. Lo que necesitamos es la revelación de Cristo traspasando todo nuestro ser, cautivándolo por completo. Necesitamos una visión de Cristo que nos consuma por completo, que atrape nuestro corazón y nos haga vivir de ahí en adelante apegados a esa visión. Hasta que ese día llegue, no estamos todavía orientados hacia la tierra; todavía estamos, como los israelitas, dando vueltas en círculos.

Pero porque Caleb tenía la visión de Cristo metida dentro de su corazón, él sabía hacia dónde iba. Él podía soportar la cruz, porque tenía la revelación de Cristo viviendo en su corazón. Cuando viene la prueba, cuando viene el turbión, cuando el desierto te abrasa, sólo la visión de Jesucristo ardiendo en tu corazón puede mantenerte en pie y enviarte hacia adelante. ¡Cuando todas las luces se apagan, la Estrella brillante de la mañana te mantendrá el rumbo, te marcará el norte, y no morirás!

Necesitamos que el Padre nos revele a Cristo como nunca antes lo ha revelado en nuestro corazón. Necesitamos una visión que nos cautive, nos traspase y nos envíe hacia adelante a poseer la tierra, a través de la noche de la prueba, hasta llegar a la meta que Dios nos ha trazado en Cristo Jesús. ¿Es así tu visión de Cristo? ¿Estás cautivado por Cristo, hermano? Si tu visión es menos que eso, vas a caer en el desierto. El desierto es largo, y la prueba también es larga.

La vida de resurrección

Y luego dice Caleb: “Y mis hermanos, los que habían subido conmigo, hicieron desfallecer el corazón del pueblo; pero yo cumplí siguiendo a Jehová mi Dios”. (v.8). Está recordando lo que ocurrió hace cuarenta y cinco años, cuando todos dijeron: “Esa es una tierra terrible”, y él dijo: “No, es una tierra en verdad maravillosa”. Cuando han venido a ti, hermano, y te han dicho: “Esto de la



Necesitamos una visión de Cristo que nos consuma por completo, que atrape nuestro corazón y nos haga vivir de ahí en adelante apegados a esa visión.

vida de la iglesia me tiene cansado, es un camino demasiado difícil”, ¿cuál ha sido tu testimonio? ¿De parte de quién has hablado? ¿Has dado testimonio de Cristo? ¿Has dicho: ¡No, verdaderamente la vida de Dios es preciosa, verdaderamente Cristo es precioso, verdaderamente la tierra es preciosa! ¿O en lo secreto de tu corazón has dejado que broten palabras amargas, y has sido infiel al Señor?

“Entonces Moisés juró diciendo: Ciertamente la tierra que holló tu pie será para ti, y para tus hijos en herencia perpetua...” (v.9). Oh, hermanos, ¡qué preciosa promesa! “la tierra que tocaren tus pies será tuya”. ¡El Cristo que se reveló en tu corazón, será tuyo! Pablo dice: “Yo corro para asir aquello para lo cual fui asido también por Cristo Jesús ... Yo quiero llegar a ser un día hallado en él. Que, cuando ustedes busquen a Pablo, no lo encuentren por ninguna parte: tendrán que buscar en Cristo. Ya no va a estar Pablo por ningún lado: solamente va a estar Cristo, y Pablo escondido en él”.

“Ahora bien, Jehová me ha hecho vivir como él dijo, estos cuarenta y cinco años ... y ahora, he aquí, hoy soy de edad de ochenta y cinco años”. (v.10). Cuarenta años es el tiempo que anduvo Caleb por el desierto, y ahora tiene ochenta y cinco años. Ustedes saben cómo es un hombre a los ochenta y cinco años: los huesos le duelen, las articulaciones están endurecidas, apenas puede caminar. Desde el punto de vista humano, es un hombre acabado.

Y aquí se presenta un anciano de ochenta y cinco años y dice: “Josué, así me dijo el Señor: ese monte es tuyo. Y ahora tengo ochenta y cinco años, pero el Señor me ha hecho vivir estos cuarenta y cinco años”. Este es un hombre que ya no vive en la fuerza de la carne, en la fuerza del hombre natural: es un hombre que vive la vida de resurrección: “¡El Señor me ha hecho vivir!”. No es la vida de Caleb, no es su fuerza, no es su capacidad; ¡es la fuerza, la capacidad y el poder de la vida de Dios en él!

Aquí tenemos un principio espiritual: para entrar en la tierra, debemos hacerlo no en la fuerza de la carne, sino en el poder de la vida de resurrección. La vida de Dios está en ti. Cristo puso su vida en ti. ¿Cuál es la diferencia entre un hombre que vive en el poder de la resurrección y uno que simplemente tiene la vida de Dios? Es la diferencia que hace el desierto. El desierto es la obra de la cruz. Cuando ésta ha obrado profundamente en ti, entonces tu vida natural ha sido desplazada, has sido debilitado en tu ser natural, ya no eres un hombre que confía en su propia fuerza. Eso es lo que el desierto le hizo a Caleb. A los ochenta años, sólo podía mirar a Dios y decirle: “Eres tú, Señor, y sólo tú, el que puede hacer que yo tome ese monte”.

Pérdida de confianza en la carne

Necesitamos que la cruz trabaje profundamente en nuestras vidas. No cometas el error de evitar la

cruz, porque sólo la cruz te puede dar la vida de resurrección; sólo por ella puedes venir a la vida en el plano superior. Necesitas ese desierto que consume tu vida natural, que desgaste tu ser exterior, que destruya tu autoconfianza y tu fortaleza propia; donde tú aprendas a no vivir más en la capacidad de tu mente, en la fuerza de tu voluntad, en tu poder para tomar decisiones, en tu capacidad para proyectar y para planificar.

Existe un trecho entre la visión de Dios y el pleno cumplimiento de esa visión en nuestras vidas. Ese trecho es el camino de la cruz. La cruz fue diseñada antes de la fundación del mundo, y fue hecha a tu medida. Hay un desierto para ti y para mí allí adelante. Tú puedes mirarlo y aterrorizarte. Si entras en él, vas a descubrir al otro lado la vida de resurrección, porque Dios es fiel. Caleb lo comprobó en su propia vida: aunque pasaron todos esos años, finalmente él estuvo otra vez allí ante la tierra de Dios.

“Dame, pues, ahora este monte, del cual habló Jehová aquel día ... Quizá Jehová estará conmigo, y los echaré, como Jehová ha dicho”. (v.12). Esta frase me gusta mucho: *“Quizá el Señor estará conmigo”*. ¿Está dudando Caleb? No; sino que un hombre que ha conocido la cruz no habla con esa seguridad de la carne. Pero ese ‘quizá’ es suficiente para que el poder de Dios actúe a través de Caleb. Es un hombre debilitado, que no tiene seguridad en sí mismo. No es un ‘quizá’ de duda, sino un ‘quizá’ que viene de la cruz.

Nosotros a veces somos tan seguros para decir las cosas, tenemos tanta confianza en lo que sabemos. Pero he aquí un hombre que ni siquiera tiene confianza. Confía en Dios, pero desconfía de sí mismo. Dice ‘quizá’, pero él toma su espada y sube.

La plenitud está en el cuerpo

Y cuando sube, no lo hace solo. Esto es muy importante. Toda la tribu de Judá subió con Caleb a tomar Hebrón, porque la conquista de la tierra no es una empresa individual. Esta es la lección que aprendieron Josué y Caleb en el desierto: no solos, sino como cuerpo. Ambos tuvieron que ser debilitados profundamente para aprender esta lección. Cuando llegó el día, Caleb era un hombre que ya no tenía confianza en sí mismo: se podía apoyar en Dios, y también en el cuerpo de Cristo. Ambas cosas están entrelazadas.

Hay algunos de nosotros que confiamos fácilmente en Cristo, pero no confiamos en el cuerpo de Cristo. Es una gran tragedia para la obra de Dios. Aun entre los pastores, entre los ancianos, entre los obreros, hay hombres que no confían en el cuerpo de Cristo como deberían confiar. No comprendemos lo que Dios ha dado a la iglesia, y por eso, cuando llega el momento, no somos capaces de sujetarnos y dejarnos regular por el cuerpo.

La plenitud de Cristo está en el cuerpo de Cristo. Que el Señor abra nuestros ojos para ver esto. No importa que tu hermano sea joven, sea viejo, si

La plenitud de Cristo está en el cuerpo de Cristo. Que el Señor abra nuestros ojos para ver esto.

te parece que es sabio o no es sabio; el hecho es que si él es de Cristo –porque nos reunimos, nos entretejemos los unos con los otros– hay allí una riqueza de Cristo, una plenitud que tú o yo solos jamás podríamos alcanzar. Por eso, necesitamos tener el corazón de Cristo; nuestro corazón tiene que ensancharse para dar lugar a todos los hijos de Dios, porque si todos los hijos de Dios están juntos y vienen a Cristo, allí habrá más plenitud que cuando estamos separados y solos.

Los lugares celestiales

Caleb subió contra los anaceos y tomó Hebrón. Los anaceos eran gigantes que habitaban en los montes de la tierra prometida. En la tierra de Canaán, que es figura de Cristo, los lugares más altos, donde está la mayor plenitud, la mayor abundancia, son los lugares más difíciles de tomar en posesión. Los montes son los lugares más altos de la tierra, y por tanto son figura de los lugares celestiales. La Escritura dice que nosotros fuimos llamados a sentarnos con Cristo en los lugares celestiales. Eso significa una posición de dominio, de gobierno y de gloria juntamente con Cristo.

La iglesia está llamada a gobernar juntamente con Cristo. Pero en los lugares celestiales hay otros poderes hostiles a la voluntad de Dios que pretenden gobernar. Y cuando la iglesia quiere entrar en plena posesión de su herencia en Cristo –su puesto en los lugares celestiales– tiene que enfrentarse con los gigantes de la raza de Anac, es decir, contra los principados y potestades en los lugares celestiales. Esta es la parte más difícil. ¡Pero Cristo derrotó en la cruz a los principados y potestades! Tú necesitas esa vida de resurrección para tomar posesión de los lugares celestiales, conforme al propósito de Dios en Cristo Jesús.

Cuando Caleb tomó el monte, destruyó las ciudades fortificadas y destruyó a los gigantes. Cuando él hubo tomado posesión del monte, entonces cambió el nombre del monte; ya no se llamó más Quiriat-arba, sino Hebrón. *Hebrón* significa *comunidad*, significa *vida*.

“Y la tierra descansó de la guerra”. (v.15). Hermanos, hay una batalla del pueblo de Dios que aún se está librando. Aún hay lugares altos que tomar, hay riquezas de Cristo que tomar, hay lugares de la tierra que tienen que ser conquistados; son los lugares más altos, los más difíciles. Cuando la iglesia tome definitivamente posesión de ellos, entonces la tierra descansará de la guerra. Un día, hermanos, si proseguimos y continuamos por el camino de la cruz y venimos por ese camino al centro de la voluntad de Dios en Cristo Jesús, los poderes de la muerte y de la oscuridad van a ser derribados, van a ser desplazados, van a ser arrojados a la tierra. Satanás va a perder por completo su posición. Entonces, la guerra habrá concluido, y la victoria será para siempre de Cristo y de su iglesia. ¡Bendito sea para siempre el nombre del Señor!



Lectura: Josué 14:6-25.



Caleb era Caleb - no porque él tuviera ochenta y cinco años de edad, sino porque él no se sentía como tal. Él y Josué eran de la generación de los israelitas que salió de Egipto. Debido a la infidelidad de esa generación, Dios los hizo vagar en el desierto hasta que esa generación entera se extinguió con la excepción de sólo dos personas. Asombrosamente ni Moisés, ni Aarón, ni Miriam –los líderes de esa generación– estuvieron entre los dos. Ninguno de ellos cruzó al otro lado del Río Jordán. Los que entraron en Canaán eran de una nueva generación.

Esto tiene una importante implicación espiritual: Sólo la nueva criatura, no el viejo hombre, tiene acceso a Canaán, la abundancia de Cristo. Josué y Caleb fueron las únicas excepciones. Cuando Dios envió a doce espías que exploraran la tierra de Canaán, sólo estos dos volvieron con un buen informe.

En realidad, todos los espías concordaron en que la tierra fluía leche y miel; la única diferencia era que diez vieron y prestaron atención al lado oscuro de la situación. Ellos dijeron: *“La tierra por donde pasamos para reconocerla, es tierra que traga a sus moradores”* (Números 13:32). Sintieron que eran inferiores a sus enemigos, y se

Caleb:

una vida de

resurrección

Christian Chen

Para servir al Señor no importa la edad cronológica, ni otras circunstancias naturales, sino hacerlo bajo el principio de la resurrección. La figura y ejemplo de Caleb ilustran éste y otros principios básicos del servicio cristiano.

frustraron. Los israelitas lamentaron haber dejado Egipto, y se rebelaron. Como resultado, la ira de Dios causó que ellos vagaran en el desierto durante treinta y ocho años. Sólo la nueva generación, junto a Josué y Caleb, podía entrar en la tierra.

¿Tiempo de jubilarse?

Caleb era la cabeza de la tribu de Judá y Josué la cabeza de la tribu de Efraín. De los que salieron de Egipto, ambos fueron los únicos que vieron sus sueños realizados, cuando pusieron su pie en la tierra. Cuando Caleb habló esas palabras en Josué 14:6-15, él ya había llegado a la tierra de Canaán. En el pensamiento actual, a los ochenta y cinco años uno debe disfrutar su jubilación, y tranquilizarse. ¿Por qué no debería Caleb haberlo visto así, puesto que ya había cumplido su sueño? Ya había probado lo que era el mundo, y disfrutado de cuanto le podía ofrecer la vida. Había vivido ochenta y cinco años implacables.

Cuando pensamos en nosotros mismos a los ochenta y cinco, pensamos en nuestra debilidad y en la necesidad de retirarse. Tal pensamiento, transportado al área de nuestra vida espiritual, se manifiesta cuando asumimos que hemos de dejar la carrera y permitir que los jóvenes continúen. Pero la Escritura nos da el ejemplo de Caleb, que no se rindió ante su vejez. Nosotros tendemos a creer que nuestros días siguen el calendario y que inexorablemente nos veremos débiles o enfermos. Pero la gente joven también puede crecer débil o enferma. Cada día de nuestras vidas es producto de la gracia y misericordia de Dios.

Hoy, por su gracia, Dios nos ha abierto un camino y nos ha llamado para llevar a cabo su propósito. Cuán lejos vayamos por este sendero, no es determinado por el calendario, sino por la voluntad de Dios. Dios llamó a Moisés cuando éste tenía ochenta años. Él sentía que Dios había tardado en llamarle y que debía haberlo hecho años antes. En Salmos 90:10, dice: *“Los días de nuestra edad son setenta años ... en los más robustos son ochenta.”* Moisés sentía que él ya había vivido diez años más de lo esperado; por consiguiente, nunca esperó llegar a vivir ciento veinte.

Indudablemente, los caminos de Dios son diferentes de los nuestros. Él condujo a Moisés de una manera especial, porque tenía para él un llamamiento especial. Antes de que el propósito y la obra de Dios fueran cumplidos en Moisés, él no le permitiría ir mientras no cumpliera los ochenta años. Al final, Moisés sirvió a Dios por cuarenta años más. Moisés intentó excusarse con que él era demasiado viejo. ¡Gracias al Señor!, cuando Moisés reconoció su propia incapacidad, Dios empezó a usarlo. Su tarea sólo podría parecer apropiada para una persona joven, pero Dios esperó hasta que Moisés encaneciera para empezar a ocuparlo. Éste es un ejemplo claro de la Escritura.

Mientras la tarea que Dios nos ha asignado permanezca inacabada, no debemos mirar cuán enfermos estamos y cuán difíciles puedan ser nues-

tras circunstancias. El Moisés de ochenta años estaba viviendo con un tiempo prestado; de acuerdo al orden natural de las cosas, su vida había terminado. Él había muerto y había vivido de nuevo. Éste es el principio de una vida resucitada.

Caleb no podía retirarse todavía

Gracias al Señor porque es Su vida dentro de nosotros la que nos sostiene y nos permite ir adelante. No es el tiempo, el calendario, ni la edad lo que determina la longitud de nuestro caminar en esta tierra. Lo que importa es si hemos acabado el camino que Dios trazó para nosotros.

Aún a sus ochenta y cinco años, la responsabilidad de Caleb no había terminado, porque Dios le había dado la tierra de Hebrón —la tierra más selecta de Canaán, el Canaán de Canaán. Una vez, Jacob envió a José de Canaán a Siquem; era exactamente de Hebrón, porque en la mente de Dios Hebrón representa a Canaán. Cuando volvieron los espías enviados por Moisés para explorar la tierra de Canaán, atestiguaron: *“La tierra ... ciertamente fluye leche y miel”* (Números 13:27). Un solo racimo de uvas del valle de Escol requirió de dos personas para ser transportado. La riqueza de la tierra era notoria. El valle de Escol estaba en Hebrón y su suelo producía lo mejor de la tierra de Canaán. Y, porque Caleb siguió al Señor incondicionalmente, Dios le había dado en recompensa lo mejor de la tierra de Judá.

Todos concordamos en que Canaán es extremadamente bueno. En Canaán tenemos nuestra herencia, que es vida. Los cristianos que aman al Señor tendrán esta herencia, pero sólo Caleb la recibió como recompensa. La tierra es tuya pero tienes que poner el pie en ella para reclamar tu pertenencia. He aquí por qué Caleb no podía retirarse, pues aún él no había recibido su galardón. Caleb tenía el espíritu de un hombre joven. A pesar de su vejez, él podría batallar todavía. Por esta razón, Dios lo protegió. No todas las doce tribus recibieron su herencia, porque ellos no pusieron sus pies en la tierra. Al contrario, Caleb recibió del Señor lo mejor de Canaán. Aunque puede ser que hayamos llegado a Canaán, si todavía no hemos obtenido la corona de vida y la corona de justicia, necesitamos decir como lo hizo Caleb: *“Dame, pues, ahora este monte, del cual habló el Señor aquel día”* (Josué 14:12).

Lo que quiso el Caleb de ochenta y cinco años era el territorio más peligroso. La tierra que devoraba a sus moradores y que estaba habitada por gigantes que los habían mantenido errantes en el desierto. A los cuarenta años, Caleb no tuvo temor; y así tan valiente era a los ochenta y cinco. La expresión *“Dame ese monte”* indica que estaba listo para entrar a tomar esa tierra. Gracias al Señor, Caleb había recibido esa tierra.

Vivamos para agradecer al Señor

Hoy nosotros sólo necesitamos creer en Jesús para tener a Canaán como nuestra herencia. Sin

La tierra es tuya, pero tienes que poner el pie en ella para reclamar tu pertenencia.





Recuerde
el secreto de
Caleb:
su comida son
sus enemigos.

embargo, no podemos estar satisfechos sólo con conseguir la herencia. Otras dos tribus habían sido destinadas para entrar en la tierra de leche y miel. Pero lamentablemente, después de haber vagado en el desierto durante cuarenta años, se contentaron con permanecer en el lado oriental del río Jordán. Eran como dos o tres congregados en el nombre de Señor. Naturalmente, la presencia del Señor estará allí. La pregunta es si están al oriente del Jordán o en la tierra de Canaán. Caleb tenía este espíritu para desear lo mejor del Señor. Su persistencia y anhelo no fueron afectados por su edad. Debemos seguir el espíritu juvenil y saludable de Caleb. No crea en lo que vemos en el espejo o lo que nos dice nuestra edad. En cambio, crea lo que el Señor nos dice en Su palabra.

Muchos creyentes de cuarenta y cincuenta años de edad se rinden porque sienten que los días restantes de su vida son pocos. Como resultado, viven descuidadamente y a menudo lo lamentan, cuando ocurre que viven todavía treinta años más. Vivamos cada minuto nuestro y todos los días para agradar al Señor. Él siempre tiene algo que quiere cumplir en nosotros. Él dice: “*Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo...*” Negarse a sí mismo involucra muchas cosas, una de las cuales es olvidarnos de nuestra edad. No cometa el error de pensar que sólo los jóvenes son los soldados cristianos, y que las personas mayores no pueden hacer nada. Cuando Pablo supo que el tiempo de su partida estaba cercano, dijo: “*Me está guardada la corona de justicia...*”, porque “*...he peleado la buena batalla, he acabado la carrera*” (2ª Timoteo 4:7-8). Lógicamente, para Pablo era tiempo de relajarse y calmarse; pero todavía le pidió a Timoteo que le trajera sus pergaminos. ¿Por qué se molestaba él en leer, si su tiempo era casi cumplido? De hecho, Pablo era uno que correría hasta el

final. Tener la corona de justicia no le hizo relajarse en su búsqueda espiritual.

Muchas personas mayores en la iglesia rechazan hoy ceder ante su vejez. Ellos continúan siendo diligentes en mantener y apoyar la iglesia. Si permanecen con su mente activa de esta manera y aman al Señor de verdad, el Señor los mantendrá alertas en sus servicios, así como a Caleb.

La comida de Caleb

Caleb era tan fuerte ahora —a los ochenta y cinco años—, como fue a los cuarenta, porque el Señor lo había sostenido con comida que no era comida ordinaria. Cuando los espías volvieron de la tierra de Canaán con su informe y el pueblo se rebeló, Caleb les dijo: “*No seáis rebeldes contra el Señor, ni temáis al pueblo de esta tierra, porque nosotros los comeremos como pan*” (Núm. 14:9). El Señor había guardado a Caleb durante cuarenta y cinco años porque él tuvo un alimento especial que otros no tuvieron. Él no huyó de las dificultades ni dio esa responsabilidad a la gente joven. En cambio, dijo: “*Dame este monte... los echaré...*”

Los gigantes y las dificultades no nos tragarán, sino serán tragados por nosotros. Las personas mayores no pueden detenerse por un pequeño problema, dolor, ni enfermedad grave —para desalentarse, deprimirse, rendirse, o incluso para dejar la carrera. En lugar de ser tragados, nosotros debemos tragar todos nuestros problemas y debemos hacerlos nuestra comida. A menudo no es la enfermedad, sino un espíritu de aflicción que nos causa una muerte antes de tiempo. Recuerde el secreto de Caleb: su comida son sus enemigos. Por la gracia de Dios, tendremos este alimento diariamente para que logremos lo que el Señor quiere que obtengamos.

(Traducido del inglés por Mario Contreras y Andrew Webb).

BOCADILLOS DE LA MESA DEL REY

La belleza del Hijo

Cuando el Hijo de Dios bajó a la tierra pudo haber sido el hombre más hermoso, según los cánones de belleza del mundo. No conoció pecado, no hubo engaño en su boca, por tanto, la desfiguración que el pecado trae y los anticipos de la muerte que conlleva, no estaban en él.

Pero, ¿fue hermoso?

¿Fue hermoso como José, el hijo amado de su padre, con su “túnica de diversos colores”? ¿O como Saúl, que “de hombros arriba sobrepasaba a cualquiera”? ¿O como David, “rubio, hermoso de ojos, y de buen parecer”? ¿O como Salomón, cuya inteligencia daba un brillo especial a sus ojos? ¿O como Absalón, sin par entre los hijos de David, “alabado por su hermosura”, que “desde la planta de su pie hasta su coronilla no tenía defecto”?

Pudo ser como cualquiera de ellos, o más aun, como la suma de ellos, pero no lo fue.

Fue, más bien, “como (una) raíz de tierra seca”. “No había en él belleza ni majestad alguna; su aspecto no era atractivo y nada

en su apariencia lo hacía deseable.” (Isaías 53:2, NVI). El Verbo eterno que estaba escondido en él no habría de revelarse con una belleza para los ojos, ni con una pompa externa. ¿Hubiera querido él —que gustaba de esconderse de las turbas y de rehuir el vano aplauso— provocar que las gentes se encandilaran por la belleza de sus facciones, o por su porte?

Impensable. Aun más. En los momentos de mayor dolor su apariencia sufría aún más deterioro. El profeta, viéndolo anticipadamente, decía: “tenía desfigurado su semblante; ¡nada de humano tenía su aspecto!”. (Isaías 52:14, NVI). ¡El que se había despojado de su gloria como Dios, parecía menos que un hombre!

¿Podría tener el rostro hermoso de un ángel Aquél que cargaba sobre sí el pecado de todos? ¿Podría lucir una sonrisa amplia y despreocupada el que conocía las mayores honduras de nuestra depravación, y tenía por encargo sacarnos de ellas, asumiéndolas, y purgándonos en la cruz?

Los muchos nombres y atributos del Señor Jesucristo en las Escrituras son también diversas gracias concedidas a su pueblo para satisfacción de cada necesidad.



la riqueza de su Nombre

Roberto Sáez F.

(Síntesis de un mensaje oral compartido en Rucacura 2003).

En esta oportunidad quisiéramos centrar esta palabra en la persona del Señor Jesucristo, y en la revelación de su Nombre.

El evangelio de Juan nos revela al Señor Jesucristo, y lo presenta de una manera muy singular. Nos presenta a Jesús en siete “Yo soy”.

“Yo soy” es el nombre de Dios que fue revelado a Moisés en el Antiguo Testamento. “Respondió Dios a Moisés: YO SOY EL QUE SOY. Y dijo: Así dirás a los hijos de Israel: YO SOY me envió a vosotros” (Éxodo 3:14). Alguna vez los judíos tuvieron el sonido del Nombre, pero por respeto al mandamiento que decía: “No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano”, no lo pronunciaban, y tampoco se atrevían a escribirlo. Con el tiempo sólo quedaron las consonantes (YHWH), que al juntarlas no tienen sonido. Los españoles colocaron las vocales, y quedó la expresión “Jehová” (en inglés, Yahweh).

El nombre de Dios se perdió, pero sabemos ciertísimamente que este nombre tiene relación con el verbo SER, con el YO SOY, y que éste es el nombre de Dios. Y Juan nos presenta al YO SOY en Jesucristo. Su persona, su nombre, está asociado con Dios. Jesús es Dios. Es Dios con Dios. Así que pongamos atención en los artículos y en los calificativos del nombre YO SOY.

Los siete “Yo soy”

“Yo soy el pan de vida” (Juan 6:35). Quiero que noten de una manera muy especial el artículo que antecede al sustantivo. Jesús dice: “Yo soy el pan de vida”. Esta es la primera presentación que hace Juan de la persona del Señor Jesucristo, de la revelación de su Nombre.

“Yo soy la puerta de las ovejas” (10:7). Yo soy la puerta. El sustantivo *puerta* está indicando la

función del nombre YO SOY. *La puerta*, indica lo único.

“Yo soy el buen pastor” (10:11) ... “Yo soy la resurrección y la vida” (11:25). “Yo soy la luz del mundo” (Juan 12:1). La expresión *la luz del mundo* es un calificativo del nombre *Yo soy*... “Yo soy el camino, y la verdad, y la vida” (14:6) ... “Yo soy la vida verdadera” (15:1).

Todos los YO SOY tienen un artículo y un complemento que indica una función o atributo del nombre, de tal manera que Juan nos presenta una revelación de Jesucristo. Y no es que él sea solamente siete veces YO SOY. Tiene ese número, sólo porque el 7 representa lo perfecto. Si contáramos los nombres que hay en la Escritura respecto del YO SOY, sobrepasamos los doscientos.

Algunos atributos de Jesús

Algunos de estos nombres o atributos del Señor Jesús que aparecen en la Escritura son: El Alfa y la Omega. El Amado. El Amén. El apóstol de nuestra fe. Ancla del alma. Abogado. El Bienaventurado. El buen pastor. El Cristo. El Camino. Consejero. El Cordero de Dios. Cabeza de la iglesia. El deseo de las naciones. Dios fuerte. El don de Dios. El don inefable. El enviado de Dios. Emanuel. El que es y que era y que ha de venir. El escogido. El Fiel y Verdadero. El fundamento. La fortaleza. El gran Rey. El gran sumo sacerdote. Grande y poderoso. Glorioso. El Hijo de Dios. El Hijo del Hombre. El hijo de David. El heredero. La imagen del Dios invisible. Intercesor. El justo. El Juez de vivos y de muertos. El lucero de la mañana. El León de la tribu de Judá. El único Mediador entre Dios y los hombres. Manantial de vida. El misterio de la piedad. El misterio escondido. El Mesías. El nuevo hombre. El Príncipe de los pastores. El Príncipe de

paz. La piedra del ángulo. El primogénito de toda creación. El primogénito de entre los muertos. El primogénito de entre sus hermanos. El precursor de la fe. La puerta de las ovejas. El resplandor de la gloria de Dios. El Rey de reyes y Señor de Señores. El Rey de justicia. El Rey de paz. El Redentor. La resurrección y la vida. Santo. Salvador. Sanador. El siervo de Dios. Soberano de los reyes de la tierra. La sabiduría. La santificación. El sol de justicia. El testigo fiel. El Todopoderoso. El Verbo de Dios. Varón aprobado por Dios. Varón de dolores. La vid verdadera. El Ungido... El sólo hecho de pronunciar sus nombres en voz alta nos bendice ... ¡Aleluya!

Es interesante lo que el Señor dice de sí mismo. Dice que él es *el* camino, no *un* camino; él es *la* verdad, no *una* verdad; es *la* luz, no *una* luz. No hay otra luz, no hay otro camino. Sólo él es el pan, sólo él es la luz, sólo él es la vida, sólo él es la resurrección.

Pero cuando él habla a los suyos, les dice que ellos son exactamente lo que él es: “*Vosotros sois la luz del mundo*”. Él es la puerta, pero la iglesia también, de un modo especial, es la puerta. Lo que él es, lo somos también nosotros por *posición*. Pero, también hemos de serlo por *posesión*. No solamente porque Dios nos dio una posición en él, sino porque también nosotros nos apropiamos de aquella posición.

Los nombres señalan los oficios

Ahora bien, Cristo es nuestra herencia, él es el don de Dios. Es el regalo de Dios, es la dádiva de Dios. Y miren toda la bendición que hay, todo lo que contienen estos nombres, todos los oficios de Cristo, todos los favores, todas las gracias, todas las virtudes que hay en él. Todo es nuestro. Bendito es el Señor, porque así como él es, somos nosotros en este mundo (1ª Juan 4:17); porque el que es del Señor, un espíritu es con él. De tal manera que nosotros tenemos la vida de Cristo, la naturaleza de Cristo, el sentir de Cristo. Todo Cristo está en nosotros, y tenemos que creerlo por la fe.

¿Cómo es que –siendo Cristo lo que es, y declarando la Escritura lo que nosotros somos en él– muchas veces no tenemos la realidad de esta gracia que Dios nos ha dado en él? Tenemos que ver lo siguiente: Que esta vida, este don inefable que Dios nos ha dado, está al alcance de todos nosotros; porque esta es una vida donada, es una provisión de Dios, una vida dispuesta y al alcance de todos. Es una vida victoriosa, una vida gloriosa, una vida justa, una vida santa.

Los alcances de esta vida que Dios nos dio son tantos como los atributos de su Nombre. Cada vez que usted lea la Biblia y encuentre algún atributo del nombre de Jesús, anótelo, y hallará algún favor, algún oficio de Cristo; algo que Dios quiere dispensar para usted. Y entonces, todo eso es suyo.

Pero hay algo curioso. Aunque el Señor, en la Escritura, tiene muchos nombres, si pudiéramos graficar en un círculo todos estos atributos, a ma-



Los alcances de esta vida que Dios nos dio son tantos como los atributos de su Nombre. Cada vez que usted encuentre algún atributo del nombre de Jesús, anótelo, y hallará algo que Dios quiere dispensar para usted. Y entonces, todo eso es suyo.

nera de los rayos de una rueda, en el centro hay un solo nombre: Jesús. ¿Por qué este nombre concentra a todos los demás? Porque el nombre de Jesús significa Salvación. Y este es el nombre de Dios.

Jesús dijo: “*Padre, yo les he dado a conocer tu nombre*”. ¿Cuál sería ese nombre que Jesús dio a conocer a sus discípulos? Yo creo que ese nombre es el nombre de Jesús, que no sólo es el nombre que designa a Jesús solo, sino el nombre que cualifica al Padre y al Espíritu Santo. Porque también dice en Mateo: “*Bautícenlos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo*”. No dice “*los nombres*”, sino “*el nombre*”. Así que Dios tiene un nombre: el nombre de Dios es Salvación. ¡Aleluya!

Cuando usted invoca cualquiera de estos nombres, usted recibirá salvación. Si lo invoca como el Camino, usted no estará más extraviado. Si lo invoca como la Luz, usted no andará más en tinieblas. Si lo invoca como la Verdad, usted no estará más errado. Si lo invoca como el Pan, usted no tendrá más hambre. Y así, cada uno de esos nombres resultará en salvación para nosotros.

“*Ocupaos en vuestra salvación*” ... ¿Querrá decir que tenemos que trabajar para ser salvos? No, lo que está diciendo es que cada vez que tenga una necesidad, usted va a invocar el nombre del Señor, y será salvo. “*Porque todo aquel que invocare el nombre del Señor será salvo*”.

Esta vida que Dios nos ha dado no es un concepto, no es pensamiento, no es emoción, no es doctrina, no es conocimiento, no es religión, ¡es vida, precisamente vida! Y en los siete nombres que revela Juan es el Señor Jesús quien se presenta a sí mismo de esas formas.

Y Juan nos relata un incidente. Cuando los judíos no podían entender las enseñanzas de Jesús –no entendían porque no creían– él les dice: “*Si ustedes no creen que yo soy, van a morir en sus pecados*”. Ellos se enojaron mucho; tal vez les pareció una presunción. Sin embargo, Jesús es lo que es. Él mismo se presentó de la forma como Juan lo relata: YO SOY. Yo soy el pan. Yo soy la luz. Yo soy el camino. Yo soy el buen pastor.

Sabemos que no es presunción, sabemos que él es lo que dice ser, así que, cada vez que él dice “Yo soy”, nosotros podemos decirle: “Tú eres”. Pedro dijo: “*Señor Jesús, tú eres el Cristo, el Hijo del Dios Viviente*”. Nosotros podemos proclamar lo que Jesús es. ¡Jesús, tú eres la resurrección y la vida; tú eres la roca eterna de los siglos, tú eres el Señor! A cada nombre del Señor, a cada nombre con que él se identifica, cada nombre en que él se revela, los creyentes dicen: ¡Sí, Señor, tú eres!

Él es la vida de Dios, en calidad y en estilo, la vida eterna, la vida dispuesta para todos, preciosa, victoriosa, abundante, plena, vida donada en herencia. Esta es la vida que Dios ha dispuesto para sus hijos, y contiene todo lo que nosotros necesitamos: todo el poder, toda la gracia, toda bendición. Hemos sido bendecidos espiritual y materialmente. Es una vida plena.

Esta vida está disponible

Y, sin embargo, ¿por qué muchos no ven en nosotros las señales de esta vida? Tenemos que alcanzar la madurez para que Dios pueda expresar en nosotros toda esta vida abundante. Dios está esperando que maduremos. Este es un gran mensaje y una gran esperanza para nosotros. Porque si muchos de nosotros no estamos experimentando esta vida, es porque nos falta madurez. No es que no la tengamos; es que falta que se manifieste. Pero, aunque no seamos tan maduros como para manifestarlo todo, desde el primer día que conocimos al Señor, cada uno de nosotros hemos experimentado más de alguna gracia. Y aunque llevemos dos, tres, cinco, diez o quince años, en nuestro caminar con él hemos comprobado una y otra vez que el Señor es bueno y que para siempre es su misericordia.

Esta vida no es una vida conquistada por nuestros esfuerzos; es una vida donada. No es tampoco una vida que podamos imitar. Cuántas veces hemos dicho: “Señor, yo quiero ser como tú eres”. Cuántas veces hemos juzgado nuestro carácter, hemos juzgado pecados; y nos damos cuenta que nuestra vida no es como la del Señor. La vida del Señor es victoriosa, es santa, es justa. Él es manso, es humilde. Y nosotros no somos como él es.

Cuántas veces hemos hecho resoluciones para corregirnos a nosotros mismos, mediante ayuno, oración continua, o algún tipo de abstinencia; pensando que si nos empeñamos nos vamos a parecer un poco más a Jesús. Pero esto implica que estamos pensando que la vida cristiana es una vida que se puede copiar. Sabemos por experiencia que esto no es así, que es imposible que esta vida pueda ser imitada. Esta vida es la vida de Cristo, es Cristo en nosotros. Pablo nos enseña que la vida cristiana es más bien una negación: no yo, mas Cristo.

Dios permite los fracasos porque quiere que llegue el momento en que digamos: “Señor, yo no puedo, he fracasado; procuro en vano arreglar mi vida”. Él está esperando que tú tengas revelación de esta vida. Entonces, cuando experimentamos el fracaso de no poder ser como Cristo, esto es lo que nos hace bien, nos hace aborrecernos a nosotros mismos, y no nos queda más que decir: “Señor yo no voy a luchar más con esto”, y esperar por completo en él. Todo esto implica la cruz: dejar de hacer esfuerzos vanos, carnales, y asumir la fe, dejar que la cruz haga su operación. Esto es lo que va a conseguir finalmente la victoria.

Quiero alentar sus corazones con respecto a la posibilidad de poseer esta vida. Está dispuesta, al alcance de todos nosotros.

La riqueza de Israel

Y quiero representar esta posibilidad en una analogía relacionada con lo que fue el lugar de adoración en el Antiguo Testamento, en concordancia con el nombre y la persona de Jesús en el Nuevo Testamento.

En el momento de entrar a poseer la tierra,

Esta vida no es una vida conquistada por nuestros esfuerzos; es una vida donada. No es tampoco una vida que podamos imitar.

Dios da instrucciones al pueblo de Israel. Y en Deuteronomio 12:5 dice: “...sino que el lugar que Jehová vuestro Dios escogiere de entre todas vuestras tribus, para poner allí su nombre para su habitación, ése buscaréis, y allá iréis”. Dios les dice que él va a escoger un lugar donde va a poner su nombre. Allí el pueblo vendría a reunirse y levantaría oración a Dios. Este lugar geográfico primeramente fue Silo.

Más adelante, Dios permitió que Salomón le erigiera un templo en Jerusalén. El día que fue dedicado el templo, Salomón hace una oración. “Que tus ojos estén abiertos sobre esta casa de día y de noche, sobre el lugar del cual dijiste: Mi nombre estará allí... que oigas el ruego de tu siervo, y de tu pueblo Israel, cuando en este lugar hicieren oración, que tú oirás desde los cielos, desde el lugar de tu morada...” Cualquiera fuere la necesidad de Israel, al ser invocado su nombre desde o hacia ese lugar, Dios lo oiría y respondería.

Ahora, hermanos, noten bien las posibilidades de esta promesa, las posibilidades que da Dios a Israel. Al leer la larga oración de Salomón en 2 Crónicas 6 podemos ver su preocupación de solucionar todos los problemas, los problemas nacionales, los problemas físicos, los fenómenos climatológicos, los problemas de la guerra, la escasez, el hambre, el cautiverio. Los grandes y los pequeños problemas.

Dios está interesado en escuchar y bendecir a su pueblo. Dios compromete su oído para escuchar toda oración. Todo lo que tenían que hacer era creer a la promesa de Dios, y asumir una actitud de fe, inclinarse, mirar hacia el lugar donde estaba el nombre de Dios. Tan sólo tenían que invocar su nombre y extender sus manos, declarar su petición, y estar seguros que Dios respondería su clamor.

Reunidos en su Nombre

Ahora, para nosotros, hay algo mucho más glorioso y más grande. El Señor Jesús dijo a sus discípulos: “Donde están dos o tres congregados en mi nombre...” (Mt. 18:20). Reunidos en el lugar donde está el Nombre. Pueden concertarse en una oración, y pueden estar seguros que cualquier cosa que pidan a Dios, él enviará la respuesta.

¿Podemos creer? Tenemos el lugar, tenemos el Nombre, tenemos la fe para orar. No tenemos ni siquiera que levantar las manos al cielo; solamente creer que el Señor está aquí. Estamos reunidos en Cristo, hemos sido convocados a él. Estamos en él. ¿Alguien tiene una necesidad?

Hoy tenemos una posibilidad tremenda. Tenemos todas las posibilidades de los atributos del Nombre. Tenemos la revelación del Nombre con nosotros. ¡Aleluya! Tú puedes invocar el Nombre según tu necesidad, porque para cada una de tus necesidades, él tiene un Nombre: Yo soy tu sanador. Yo soy tu libertador. Yo soy tu escudo. Yo soy tu refugio. Yo soy tu fortaleza. Yo soy... Yo soy... ¡El YO SOY está con nosotros! ¡Aleluya!



maravillas de Dios

La recompensa de la generosidad



Cierta vez Spurgeon fue a Bristol para predicar en las tres mayores iglesias bautistas de la ciudad. Esperaba recaudar trescientas libras, que él necesitaba de inmediato para su Orfanato. Consiguió el dinero. En el momento de acostarse en la última noche de su visita, oyó una voz, la cual, para él, era la voz del Señor, diciendo: "Da esas trescientas libras a George Müller". "Pero, Señor –respondió Spurgeon– yo necesito de ellas para mis queridos niños en Londres". Otra vez vino la palabra:

"Da esas trescientas libras a George Müller." Y sólo cuando él dijo: "Sí, Señor, lo haré", que le vino el sueño.

A la mañana siguiente, se dirigió a los Orfanatos de Müller, y encontró a George Müller arrodillado ante una Biblia abierta, orando. El famoso predicador colocó la mano en su hombro y le dijo: "George, el Señor me mandó entregarle estas trescientas libras". "Oh, apreciado Spurgeon – dijo Müller – tengo pedido al Señor esa exacta cantidad". Y aquellos dos hombres de oración, se regocijaron juntos.

Spurgeon volvió a Londres. Sobre su escritorio una carta lo esperaba; la abrió: contenía trescientas guineas. "Ahí está – exclamó con alegría– el Señor me devolvió mis trescientas libras con un interés de trescientos chelines."

Nota: La libra equivalía a 20 chelines, en cambio, la guinea, a 21 chelines. À Maturidade, Nº 9, 1981.

Un ángel al órgano

El hermano Andrés, en su libro *El contrabandista de Dios*, cuenta acerca de Bastián, el mayor de todos sus hermanos, que jamás aprendió a hablar, ni a vestirse por sí solo. Pasaba todo el día sentado bajo un gran árbol, viendo pasar a la gente del pueblo. Sin embargo, tenía un talento extraordinario.

El padre solía tocar por las noches su pequeño y destartado órgano de manubrio, mientras la familia le acompañaba con el canto de conocidos himnos. Bastián no podía cantar, pero se acurrucaba, embelesado, debajo del teclado, apretujándose contra la pedalera, sintiendo cada sonido en la vibrante madera. De pronto, se ponía de pie, y hacía gestos a su padre para que le dejara el lugar. Entonces se acomodaba, hacía las veces que leía en el Himnario (aunque casi siempre le quedaba al revés), y, desde el primero hasta el último, tocaba todos los himnos que su padre había tocado, pero no como él, cometiendo un error tras otro, sino a la perfección, con un algo maravilloso, que la gente que pasaba por la calle se paraba a escuchar. En las noches de verano, cuando dejaban la puerta abierta, se juntaba un grupo afuera y a muchos de ellos se les caían las lágrimas, porque cuando Bastián tocaba, era como si un ángel se hubiera sentado al órgano.

El Hermano Andrés, en El contrabandista de Dios.

Como una bandeja de oro

Cuando estuve en Australia a menudo escuchaba historias de una mujer lisiada, pero nunca creí que aquellas historias pudieran ser ciertas. Un día fui a consolarla, pero antes que estuviera diez minutos en su pieza, me di cuenta que era yo quien estaba siendo enseñado, quebrantado, y disuelto en un caudal de emociones.

Cuando ella tenía dieciocho años, fue afectada por una terrible enfermedad y el doctor le dijo que para salvar su vida le tenía que amputar el pie. Ambos pies fueron amputados. La enfermedad se extendió por todo el cuerpo y fue necesario amputarle las piernas hasta las rodillas. Sin embargo, la enfermedad siguió ramificándose, por lo cual hubo que amputar hasta el tronco. Después, comprometió ambos brazos. Cuando vi a esta mujer –la señora Higgins– todo lo que le quedaba era su torso. Quince años había estado así. Fui a ella para confortarla, pero no se me ocurría qué decir. Me encontré con una habitación cuyas murallas estaban empapeladas con textos radiantes, hablando de alegría, paz y poder.

Postrada en su cama, un día se preguntó qué podía hacer; ella, una mujer lisiada, sin miembros en su cuerpo. Después de una inspiración, le pidió a un carpintero amigo que le pusiera una tabla en su hombro con una lapicera en el extremo; y empezó a escribir cartas. Hay que recordar que cuando se escribe se usa todo el brazo. Al no tener extremidades, ella debía escribir usando todo su cuerpo. Puede haber calígrafos muy buenos en este lugar, pero objetaré a cualquiera que diga que hay otra mujer que pueda escribir una carta con la mitad de belleza caligráfica que tenía la carta que escribió aquella mujer lisiada en mi presencia. Era como una bandeja de oro. Ella había recibido unas 1500 misivas de personas que habían sido llevadas a Cristo mediante las cartas que había escrito de esa forma en aquella habitación. Entonces le dije: "¿Cómo lo hace?". Sonrió y respondió: "Bueno, usted sabe, Jesús dijo que 'de aquellos que crean en Él fluirán ríos de agua viva', y yo le creí. Eso fue todo."

Testimonio anónimo de un ministro.

¿Cómo lo hizo?

"Oh", dice un hombre, "cuéntame acerca de este asunto: explícame como funciona la salvación, cuéntame acerca de la gota de rocío, cómo el rayo y el trueno descansan en ella." – "No se pueden analizar las gotas de rocío, pero el Dios Padre puede. Dime cómo Él besa la pequeña porción de tierra en tu jardín y hace que las rosas florezcan. Dime cómo vino a mi tienda gitana cuando en ella no había ninguna Biblia, antes que yo pudiera siquiera decir mi nombre, antes que yo haya escuchado siquiera de Él. Dime cómo pudo ganar a mi padre, siendo tan duro y bruto, bebedor, blasfemador, y salvaje como león. Dime cómo Dios en Cristo lo ganó a él y también a sus hijos, y nos salvó a todos, e hizo que estos ojos, estos ojos interiores de mi vida, lo vieran y lo conocieran a Él como Salvador. Por favor, dime, ¿cómo lo hizo? Y no lo sé, pero sé que lo hizo, ¡y esa es una prueba suficiente para probar la realidad de ello!"

Gitano "Gipsy" Smith.

¿Qué alcances espirituales tiene Canaán? He aquí algunas riquezas de Cristo disponibles para todo cristiano.

nuestra herencia

plena en Cristo



A.B. Simpson
(1843-1919)

Lectura: Josué 1:1-4

En el plan de la revelación divina descubrimos una gran idea central definida que avanza invariablemente en un claro desarrollo y gran progresión a través de todo el libro.

Los libros de Moisés

El libro de Génesis es el libro de los Principios, y todo lo que hay en los libros posteriores, tiene, en cierto sentido, su origen y fundamento en él. Éxodo es el libro de la Redención. Levítico es el libro de la Reconciliación, y muestra la doctrina del Espíritu Santo en cuanto nuestro acceso a Dios, y de nuestra vida en lo sagrado del santuario. Números es la historia del desierto y el cuadro de nuestra peregrinación aquí abajo; y especialmente del fracaso del pueblo de Dios en tomar posesión de su herencia. Luego sigue Deuteronomio, el que nos relata la segunda o nueva partida del pueblo de Dios, después de la triste experiencia de fracaso y pecado, y repite de nuevo el pacto de Dios y sus órdenes a su pueblo, cuando la segunda generación se apresta a entrar al reposo que sus padres habían desechado.

Josué

La culminación de todo esto se halla en el Libro de Josué. Así como Números es la historia del fracaso, y Deuteronomio de la nueva preparación, así nos relata Josué su entrada efectiva en la Tierra Prometida. Este libro expone el punto culminante del pueblo del pacto hasta ahí, y necesariamente sugiere algunas lecciones más profundas en su significado espiritual, superiores respecto a las revelaciones neotestamentarias, y al pueblo espiritual del cual el antiguo Israel era sólo un tipo.

Por lo mismo, hallamos al apóstol diciendo en su carta a los Hebreos: “*Si Josué les hubiera dado el reposo, no hablaría después de otro día*”. Por tanto, queda un reposo para el pueblo de Dios. Así, es evidente que Canaán no había de ser la pertenencia permanente de Israel, sino un tipo de la

herencia superior de la fe y santidad que aún quedaba para el pueblo del pacto con Dios.

No el cielo

Esa herencia no puede ser el cielo que nos espera después de la muerte, ni aun el reino terrenal de gloria y justicia que ha de iniciar la venida de Cristo. Nuestra himnología está llena de este concepto, pero no concuerda con la idea real del Espíritu Santo; porque no hemos de hallar en el cielo, ni en el estado milenial, cosa alguna concordante con los enemigos en Canaán a quienes Josué tuvo que combatir, con los años de lucha que Israel soportó, o con la vergüenza y el pecado de Acán, o con el subsiguiente claudicar de Israel, etc. A esa tierra “*no entrará cosa que contamine*”, y aun Satanás, el gran caudillo de todas las huestes adversas, será expulsado definitivamente de allí.

Por tanto, el reino espiritual debe ser alguna experiencia y condición de aquí. Así lo expresa claramente el apóstol cuando dice: “*El que ha entrado en su reposo, también ha reposado de sus obras, como Dios de las suyas*”; y aún más: “*Temos, pues, no sea que permaneciendo aún la promesa de entrar en su reposo, alguno de vosotros parezca no haberlo alcanzado*”. El reposo de Dios es algo de aquí abajo, una condición y experiencia de victoria, poder y satisfacción espiritual que corresponde con la experiencia de Israel en Canaán.

Dos tipos de cristianos

Aun el observador más superficial habrá notado en los anales de la experiencia cristiana, y la observancia de la vida, que en el mundo hay dos tipos de cristianos muy distintos el uno del otro; uno representa la experiencia de desaliento, ansiedad, duda, inconstancia y frecuente decadencia; una vida tan carente de satisfacción que a veces dudamos, si realmente son cambiados de corazón; y el otro, lleno de confianza, victoria, gozo, satisfacción, poder y estabilidad.

La diferencia entre estos dos tipos es más nota-



Dios nos ha estado dando a nosotros durante toda nuestra vida, una visión de bendiciones mayores y más ricas que las que jamás hemos disfrutado.

ble aún que la misma experiencia de conversión; o que el contraste entre un hombre mundano y un cristiano profesante. Los que han alcanzado esta segunda etapa de la vida cristiana testifican uniformemente que su segunda bendición señaló un cambio mucho mayor en su experiencia, que la primera.

No ha habido período en la historia de la Iglesia sin estas dos clases de discípulos. Aun los mismos apóstoles pasaron de una etapa a la otra. Su experiencia antes de la venida del Espíritu Santo fue la realización del libro de Números, y su vida subsecuente después del día de Pentecostés, fue una repetición del libro de Josué. No hay hoy día ninguna congregación de cristianos en la tierra que no tenga estas mismas dos clases: unos que simplemente han salido de Egipto y vagan en el desierto, con la esperanza de la salvación y una medida de la gracia suficiente para mantenerlos separados del mundo; y otros que han sido llenos del Espíritu, y caminan en la luz y gozo del Señor.

Tomando de esto el punto de vista más bajo, ¿quién será el que no haya sentido la necesidad de algo más profundo y elevado en su vida cristiana? ¿Quién será el que no ha lamentado sus fracasos y humillaciones, anhelando una pureza y poder dignos del costo y gloria de la gran salvación de Dios? ¿Quién será el que no se haya dado cuenta que debe haber algo superior a una vida de pecado y arrepentimiento, y poseer la santa aspiración que lucha constantemente dentro de su pecho?

A menudo, muchos hombres se han cansado tanto y quedado tan desconformes con su pequeña religión, que la han arrojado de sí, diciendo: “Si no he de tener algo mejor que esto, prefiero no tener nada”; y después de años de lucha hallaron la plena salvación de Dios y la aceptaron llegando a poseer una experiencia amplia de la santificación por el Espíritu Santo. Es instinto natural de un alma recién renacida esperar semejante vida desde el principio, y sufre una extraña desilusión al experimentar su primera caída, se siente abrumada por su insuficiencia e impotencia, lanzando por primera vez el amargo clamor: “¡Miserable hombre de mí! ¿quién me librará de este cuerpo de muerte?”

Ya en el capítulo 13 de Génesis leemos que Dios dio a Abraham una visión de la Tierra Prometida, largos siglos antes de que se cumpliera; y así, Dios nos ha estado dando a nosotros durante toda nuestra vida, una visión de bendiciones mayores y más ricas que las que jamás hemos disfrutado. A menudo las hemos visto en la vida de santos de Dios con quienes hemos estado en contacto, y sus semblantes radiantes han despertado en nosotros hambre por lo que poseemos, asombrándonos de que no lo tengamos. A menudo lo hemos visto en la promesas de Dios, y nos preguntamos por qué no se realizan en nosotros, si es que Dios realmente nos las quiere cumplir. A menudo, la visión ha parecido un vago asomo muy indefinible, pero otras veces la luz se ha hecho más y más clara, a fin de que entendamos más definitivamente lo que significa e implica la promesa. Esta es la oración del apóstol en favor de sus

amigos de Éfeso, y es la oración del Espíritu para cada uno de nosotros, que sean *“alumbrados los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza de su llamamiento, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos”*. Que Dios abra de tal manera nuestros ojos para que, a medida que leemos estas líneas, podamos entender el significado de la herencia de los santos, y la plenitud de la bendición de Cristo.

Victoria

El primer poste señalizador definido en la herencia es *victoria*. Canaán significaba para los antiguos israelitas triunfo sobre sus enemigos; y nuestra gran necesidad espiritual es poder para vencer el mal dentro de nosotros y el que nos rodea. En ninguna parte se nos promete eximirnos de la lucha, sino que es nuestro privilegio triunfar en ella.

El pecado no dejará de existir en la presente dispensación, pero nosotros podemos ser muertos al pecado, y demandar la potente promesa: *“El pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia”*. El pacto y juramento de Jesús es que: *“siendo librados de todos nuestros enemigos y de las manos de los que nos aborrecen, le sirvamos sin temor, en justicia y santidad delante de Él, todos los días de nuestra vida”*. Victoria sobre el pecado interno, sobre el ego que nos domina, sobre la tentación que nos persigue, ésta es la promesa de Cristo; ésta es la santificación que el Espíritu Santo viene a dar a cada corazón rendido a Él.

Reposo

Canaán es llamada el “Reposo de Dios”. Puesto que la tuvieron después de cuarenta años de fatigoso vagar era, por cierto, un delicioso reposo. Representa, en la experiencia cristiana, algo tan precioso como escaso: liberación no sólo del pecado y tentación, sino aun de la ansiedad y el temor; representa también la paz que sobrepasa a todo entendimiento y guarda el corazón y la mente mediante Cristo Jesús; la confianza que no se aflige por nada, esa confianza que echa todos sus afanes sobre Él; esa paz perfecta en que Dios guarda a aquellos cuyas mentes están ancladas en El, la gran paz de los que aman su ley, y nada les ha de ofender. Cristo mismo tiene esta paz perfecta, y su último legado a sus discípulos fue: *“La paz os dejo (o lego), mi paz os doy: no se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo”*.

Realización

La tierra de Canaán era para ellos la realización de muchas promesas anteriores. Les hacía efectivas las cosas que hasta entonces sólo habían sido esperanzas. Y así para nosotros, en nuestra vida cristiana, hay una etapa de fe y promesa, y hay la experiencia de completa realización y bendita satisfacción. *“La ley por medio de Moisés fue dada: mas la gran realidad vino por Jesucristo”*.

El Espíritu Santo es una prenda y un sello; y estas figuras expresan enfáticamente la profunda

La heredad de cada cristiano es la suprema voluntad de Dios para él. Incluye la vida interna y la externa, y significa para cada uno la revelación de Cristo en nuestro propio corazón con toda su plenitud de gracia y poder.

impresión de realidades vivas en nuestro corazón y vida. Hay para nosotros el conocimiento efectivo de cosas divinas y el conocimiento personal e íntimo de Dios; la satisfacción completa de cada anhelo del alma; amor tan arraigado y fundado que no puede ser conmovido, y bendiciones “más abundantes de lo que pedimos o entendemos.” Esta herencia, amados, es para vosotros. Dios quiere hacer que las cosas del Espíritu sean más efectivas en vuestra vida que las cosas de los sentidos en el mundo inferior y material, y vivificar cada sentido interno a tal punto que podáis conocer y ver las realidades invisibles del mundo verdadero con una intensidad que las cosas de esta tierra jamás podrán alcanzar.

Poder

¡Cuánto ansían los hombres el poder! ¡Cuán débil e ineficaz es la vida de nuestros cristianos, cuán poco producen para Dios y sus semejantes! Cristo es el Todopoderoso, y no hay esfera en que se debiera sentir más su omnipotencia que en el reino espiritual, donde domina supremo el Espíritu Santo.

La experiencia de Josué en Canaán expresa el poder victorioso. Era la marcha de Dios, materializada en su pueblo, en triunfo continuo, hasta que todo enemigo terrenal y toda fuerza material reconociera esta supremacía. El mismo poder fue incorporado en el Señor Jesucristo y su Espíritu omnipotente, y aguarda el depósito de todo corazón completamente rendido. “*Recibiréis virtud (poder) cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo; y me seréis testigos*”; “*El que en mí cree, las obras que yo hago también él las hará; y mayores que éstas hará*”.

Vuestra propia herencia

Pero hay algo superior a todo esto. La tierra de la promesa tiene un significado personal para cada uno de nosotros. Ningún hombre puede ocupar todo el mundo, o vivir en toda una ciudad; hay un sitio que cada uno llama hogar, eso es una ubicación o posesión particular, y expresa nuestra propia residencia personal. Y así hay un sentido en que Dios tiene una herencia especial para cada uno de sus hijos. Las promesas de Dios tienen para ustedes un significado que no pueden tener para mí; y así Dios tiene para cada uno un plan distinto e individual.

Este plan Él lo está aplicando continuamente a nuestra fe a la medida de nuestra capacidad y voluntad de recibirlo. Esto es a lo que se refería David al decir: “*Las cuerdas me cayeron en lugares deleitosos, y es hermosa la heredad que me ha tocado*”.

La heredad de cada cristiano es la suprema voluntad de Dios para él. Incluye la vida interna y la externa, y significa para cada uno la revelación de Cristo en nuestro propio corazón con toda su plenitud de gracia y poder, y la disposición providencial de Dios en nuestra vida, a fin de desarrollarnos en el grado mayor y usarlos para el mayor bien.

Durante toda nuestra vida Dios nos ha estado hablando de este plan. Algunos recordamos las

distantes visiones de nuestra infancia, cuando nos arrodillábamos para nuestras primeras oraciones, y cuando la luz del cielo empezó a iluminar el firmamento de nuestras almas, abriéndolas a los pensamientos y planes de Dios. Más y más claramente, a medida que entrábamos a su más inmediata presencia, nos iba revelando su pensamiento para nosotros, agregando promesa tras promesa, y a medida que las iba cumpliendo sucesivamente, nos conducía a mayores visiones, más vastas esperanzas y más osados avances; y hemos empezado a recorrer la tierra en toda su longitud y anchura.

La cuerda para medir esa tierra son las promesas de Dios. Cada víspera de Año Nuevo, cada día de especial devoción a Él, cada ocasión de nueva consagración, cada cumpleaños y cada aniversario, ha ido acrecentando estas promesas y ensanchando la visión, y cada año que pasa, en el cual la fe y la esperanza se han tornado en acción de gracias y alabanzas por las promesas cumplidas, ha probado la veracidad y seguridad de su Palabra.

Una Tierra Mayor

Pero para la mayoría de nosotros aún hay una tierra más amplia que la que nos hemos dado cuenta, y Dios nos habla como lo hizo antaño a Abraham, diciéndole: “*Alza ahora tus ojos, y mira desde el lugar donde estás hacia el norte y el sur, y al oriente y al occidente. Porque toda la tierra que ves, la daré a ti y a tu descendencia para siempre... Levántate, ve por la tierra a lo largo de ella, y a su ancho; porque a ti la daré.*”

Así también habla Él a algunos de nosotros en las ricas y gloriosas promesas de Deuteronomio 8: 7-10: “*Porque Jehová tu Dios te introduce en la buena tierra, tierra de arroyos, de aguas, de fuentes y de manantiales, que brotan en vegas y montes; tierra de trigo y cebada, de vides, higueras y granados; tierra de olivos, de aceite y de miel; tierra en la cual no comerás el pan con escasez, ni te faltará nada en ella; tierra cuyas piedras son hierro, y de cuyos montes sacarás cobre. Y comerás y te saciarás, y bendecirás a Jehová tu Dios por la buena tierra que te habrá dado*”.

¡Qué hermosa tierra es esa, con sus vertientes de refrigerio espiritual, cuyas fuentes de agua viva se hallan en la vida y presencia de Dios, y de allí el corazón obtiene amplia provisión para todas las necesidades espirituales; también para su trigo, cebada, higueras y granados; su pan sin escasez, su dulce miel; su aceite y olivos produciendo en perpetua frescura la unción de su gozo y poder; la tierra cuyas mismas piedras y collados con toda su aspereza y aridez no son sino minas de cobre y hierro, capacitándonos para sacar poder de nuestras mismas dificultades, y bendición de todas nuestras aflicciones.

Estimados, hay para nosotros una tierra semejante. Si queréis entrar y tomar posesión de toda la plenitud de esta bendición ilimitada sólo necesitáis desear y reclamar toda la plenitud de esa tierra prometida.

(Fragmento del capítulo 1 del libro “Josué”).



En 1ª Corintios 10:11: leemos: “*Y estas cosas les acontecieron como ejemplo, y están escritas para amonestarnos a nosotros, a quienes han alcanzado los fines de los siglos.*” En otro tiempo estábamos en Egipto. Todo lo que ha sido redimido por la sangre de Cristo, estuvo primero en Egipto. Egipto tiene tres significados. Primero, placer sensual, puerros, ajos y cebollas. Segundo, servidumbre, el capataz, el ladrillo y la ciudad del tesoro. Tercero, la angustia del alma. Suponemos que no hay ninguno que sea de Cristo que no recuerde al placer sensual, la servidumbre y las ansiedades del alma.

De todo eso nos ha traído Dios. Lo hizo cuando trajo a Cristo por medio de la muerte a la resurrección; nos trajo cuando cada uno de nosotros, por decirlo así, se ha cubierto detrás del Cordero Pascual, de cuyo lugar su sangre hablaba a Dios. Feliz momento aquel en el que entramos en la paz, en el que pusimos la sangre sobre el dintel y los postes de las puertas, para que al ver Dios la sangre, fuésemos rescatados y saliéramos con gozo de la tierra de esclavitud. ¡Y al pasar a la otra orilla del Mar Rojo, repetimos con María el himno de la libertad, regocijándonos en Dios nuestro Salvador!

Nos entregamos para seguir la dirección de la nube, y nos refugiamos debajo de ella de día y de noche. Dependíamos de Dios para todo, para el agua que manara de la roca, y para el maná que cayera sobre el suelo del desierto. Días felices aquellos, en los que, acabados de redimir, y con el sentimiento de nuestra libertad, andábamos con Dios en las primeras horas de nuestra conversión.

Llegamos entonces al pie de Sinaí. Obtuvimos una nueva idea de la santidad y de la justicia de Dios, y al aproximarnos a aquel lugar, dijimos con todo el fervor de la verdadera intención: “Haremos todo lo que Dios quiera”. Pero el gozo empezó a desvanecerse, y al tratar de cumplir la ley de Dios,

fuimos cayendo hora tras hora en el pecado que detestábamos. Fue aquella la experiencia de lo que expresa Romanos capítulo 7. Según el hombre interior, amábamos la ley de Dios, pero cuando teníamos que hacer lo que queríamos, nos encontrábamos que no podíamos. Éramos como los que se levantan después de una grave enfermedad, que no pueden caminar bien, y que al empezar a dar los primeros pasos vacilantes, en el acto caen a tierra.

Después de haber estado allí oímos el mandato de Dios de levantar las tiendas y partir, y después de algunos días, llegamos a Cades-Barnea. Cades-Barnea está en las fronteras de la tierra de Canaán, y allí la extensa pradera da lugar a la aridez del desierto de arena. En Cades miramos atrás, hacia Egipto, y adelante, hacia Palestina. A Cades llegaron los espías trayendo consigo cestos llenos de las frutas que habían encontrado en la tierra prometida, uvas, granadas e higos dulces y grandes. En Cades los inspeccionáis, los saboreáis, y decís: “Es una buena tierra”. Muchos de nosotros hemos estado en Cades. Nos hemos alojado en distintas Convenciones cristianas; y hombres que regresaban de la tierra de las promesas nos han dado, con discursos y libros, de las frutas admirables de ella, y hemos dicho: “Esto es muy bueno”. Pero allí nos hemos detenido, y en vez de cruzar la frontera y de ir a vivir en la tierra, nos hemos vuelto de nuevo al desierto.

¿Por qué se detuvo allí Israel? Porque no creyó a Dios. Pensó que Dios podría sacarle de Egipto, pero no pudo creer que Dios pudiera hacerlo entrar a Canaán. Creía en el Dios del pasado, pero no podía creer en el Dios de cada momento. Tenía un corazón dañado por la incredulidad, y se apartaba del Dios viviente.

Tal vez creemos en el Calvario, pero no en la ascensión. Creemos en el Cristo que murió, pero no en el Cristo que se levantó de entre los muertos,

Una hermosa aplicación espiritual del significado tipológico de Canaán.

Canaán

y Cristo

F.B. Meyer
(1847-1929)

Este artículo forma parte de una serie de mensajes sobre la vida interior que F.B.Meyer dio en Nueva York.



y que vive eterno. Creemos en la conversión como un acto realizado, pero no tenemos idea de que Aquel que nos convirtió está dispuesto a toda hora para llevarnos al interior de la tierra de Canaán y conservarnos en ella.

Lo que significa el desierto

El desierto tiene tres símbolos: Primero, falta de quietud. El pueblo estaba redimido, pero no tenía reposo. Hay un capítulo en el libro de Números en el cual se lee que por treinta y tres veces el pueblo se movió en nuevas direcciones. Esa ha sido durante años nuestra vida: de aquí para allá, probando esta iglesia y aquella, tal ministerio y el otro; sin haber obtenido reposo en el Señor.

Segundo, significa descontento: allí murmuraron. Tal vez nuestra vida no es más que una constante murmuración. Hemos conseguido riquezas, amor, amables asociaciones, pero siempre hay algo que quisiéramos ver cambiado. ¡Descontentos! Si es verano, porque hace demasiado calor; si es invierno, porque hace demasiado frío. Si se tiene amor, se desea dinero; y si tenemos dinero, suspiramos por el amor. Si se retrocede o si se avanza encontramos motivo de constante murmuración y descontento. Esa ha sido nuestra vida como cristianos.

Tercero, significa nostalgia, deseo de lo que se abandonó. El pueblo había salido de Egipto, pero estaba siempre recordándolo. Nuestra vida es negativa. Nos encontramos fuera de Egipto, pero vivimos tan a lo Egipto como es posible. Y se recuerdan con sentimiento sus placeres, y se pasa revista a sus hechos. Se recuerda con placer sus pasiones y liviandades, y aunque estemos fuera de él, el corazón experimenta deseos de él.

Somos cristianos, pero cualquier hombre mundanal pasa mejor la vida que nosotros, pues éste nunca ha tenido la ventaja de dirigir una mirada a lo que nosotros hemos visto. Él vive contento; pero nosotros tenemos lo suficiente como para sentirnos desgraciados.

Cruzando el Jordán

¿Qué más? Venimos al Jordán. El poeta nos ha hecho comprender que el Jordán significa muerte, la muerte del cuerpo; pero esto es una concepción falsa. En la expresión imaginativa de Dios, el Jordán queda como emblema de muerte, pero no de la muerte del cuerpo, sino de la muerte de la vida del yo. No creemos en el desarraigo definitivo del yo, pero sí creemos que llegamos a la cruz, al Jordán, y que colocamos la muerte de Cristo entre nuestra vida pasada y nosotros mismos.

Cruzamos el Jordán cuando nos identificamos con la muerte de Cristo, y somos plantados con él en la semejanza de su muerte. Desde ese instante, penetramos a la tierra de Canaán.

En Cades mirábamos de lejos, pero ahora estamos ya dentro de ella. Tal vez no tengamos la sensación de ello. Al despertar, creemos sentir gozo, pero no es así. Estamos tranquilos y sin emocio-

nes, pero no importa. Un hombre cruza en barco la línea del Ecuador sin darse cuenta de ello, porque esa línea está marcada en el mapa, pero no en el Océano, y se puede cruzarla sin saber. Sin haber experimentado sensaciones especiales, confiando que el Espíritu Santo hará evidente nuestro conocimiento del hecho, hemos pasado al Jordán, y estamos en la tierra prometida.

La tierra prometida

Y ¿cuál es la tierra prometida? La tierra prometida es Cristo. Canaán es Cristo. Él es la tierra de las promesas. Esas montañas son las montañas de su fortaleza. Esos valles representan su humildad; esos manantiales son su gozo; esos ríos son los símbolos de su Santo Espíritu; esos tesoros son sus riquezas. Esa tierra ... ¡Oh contempladla! Toda es vuestra. Cristo está en nosotros, y nosotros en Cristo. Eso es el Paraíso.

Se prueba esto en Hebreos 3:14: “Somos hechos participantes de Cristo”. El tercer capítulo de Hebreos es la experiencia de desierto; el cuatro es la posesión de Cristo; y el apóstol dice que nosotros, los que creemos, somos hechos participantes de Cristo. ¡Cristo en nosotros!, Cristo en torno a nosotros, Cristo en la gloria!

Meditemos más en esto. Lo primero que hay que hacer es ir a conocer la tierra. Recuerdo que cuando estuve en Chicago, alguien me dijo que una familia puede comprar u obtener del Gobierno una finca en el lejano Oeste. Recogiendo todo lo que poseen, el padre, la madre y los hijos se dirigen en caravana hacia la tierra adquirida. Al llegar se sientan en la casa que está en el límite de la propiedad, en tanto que el padre se aleja para inspeccionarla. Dejando a su esposa y a sus hijos, escala la montaña, y mira a un lado y a otro, a lo largo del río, a las lejanas cumbres, y siente que toda aquella extensión es suya. Camina de acá para allá; se dice a sí mismo: “Es una buena tierra”. Vuelve a la casa y dice a su mujer: “Tenemos una gran posesión”. Esto es lo primero que hace.

Lo segundo es esto: Toma algunas varas y estacas, cerca una parte, y empieza a cultivarla. Al año siguiente, hace avanzar las estacas, tomando más tierra y cultivando ya más. Y año tras año va adelantando las cercas, hasta que, al cabo de veinte años, aquéllas han llegado a abarcar la extensión completa de su dominio, y lo cultiva ya todo.

Apliquemos esto ahora: Escalad conmigo esa montaña, la enseñanza del Espíritu Santo y ved primero el Salvador que hemos obtenido; y antes de terminar, tomaremos un poco de Cristo, y lo dejaremos aparte, como un potrero; y, segundo, iremos tomando de él. Mañana correremos la cerca más allá, tomando más de él y algo más al día siguiente, y más a la otra semana y más aun cada nuevo año. Sólo en la eternidad no tendremos necesidad de adelantar la línea de cultivo de Cristo hasta el límite de su plenitud, porque cuando hayáis llegado hasta el último extremo, todavía Cristo será eternamente más.



Esa tierra...
¡Oh,
contempladla!
Toda es
vuestra.
Cristo está en
nosotros,
y nosotros en
Cristo. Eso es el
Paraíso.

Lo que Cristo es

Veamos ahora lo que Cristo es. Abramos en 1ª Corintios 2:12: “*Para que sepamos lo que Dios gratuitamente nos ha dado*”. (Nuevo Testamento interlineal Griego-Español de Lacueva). Dicen que un conocido predicador, queriendo enseñar a sus hijos a estimar el honor, la verdad y la confianza, colocó sobre el paño de la mesa, en la sala de diario, dinero suficiente para el gasto de toda la familia. Si la esposa necesita, toma de allí; si los niños necesitan, toman de allí. Toda necesidad de aquella casa se suple con el tesoro colocado en aquella mesa. Así Dios ha puesto en Jesús todo lo que el alma puede necesitar, y nos dice: “Id y tomad de ello; todo está a vuestra disposición”.

¿Estáis en tristeza? En Cristo hay alegrías. ¿Estáis en tentación? En Cristo hay socorro. ¿Estáis al final de vuestras fuerzas? En Jesús hay poder. Pero estas palabras son muy débiles aún, porque se pudiera pensar que Dios diera esto o aquello aparte de Cristo. Digámoslo con más precisión: tomáis de Cristo cualquiera cosa que podáis necesitar, y él es la plenitud de vuestra necesidad, de vuestro deseo, de modo que sois bendecidos con todas las gracias espirituales en Cristo en bienes celestiales. Todo lo que podáis necesitar está en Cristo, y creemos que es hermoso el necesitar, a fin de que aprendamos a conocer todo lo que hay en Cristo.

Recordamos que cuando éramos niños nunca despertábamos tanto interés en nuestra madre como cuando estábamos tristes, decepcionados o enfermos. Creo que algunas veces fingíamos estar así, sabiendo que entonces nuestra madre hacía más por nosotros. Y así, cuando estáis debilitados y fatigados, cuando la fe ha retrocedido, cuando la fuerza se ha agotado y las esperanzas se han desvanecido, cuando todo en torno nuestro parece escapársenos, entonces es cuando llega el momento de Dios, que viene a decirnos: “Hijo mío, yo he puesto en Jesús todo lo que tu espíritu necesita”; y aunque, como madame Guyon, tengamos que pasar diez años en la cárcel, Cristo será para nosotros amigo, y consuelo, y fortaleza, y satisfacción, y todo lo que podamos necesitar.

¡Ah, si se comprendiera bien lo que Cristo puede ser para el alma! Esos que han estado recurriendo a lo que se dejó en el pasado, creyendo obtener paz y gozo en medio de eso, y que sólo reciben nuevos desengaños. ¡Ah, poder decirles que en Cristo encontrarán montañas, lagos, ríos, arroyos, tesoros, campos de trigo y olivares y, en una palabra, todo lo que el alma pueda requerir para sentirse bendecida. ¡Oh Espíritu de Dios! ¡Toma todo lo que hay en Cristo y revélalo al corazón que espera en él!

El modo de tomar de él

Juan dice que de su plenitud hemos recibido todos, y Pablo añade que los que reciben la abundancia de vida reinarán. ¡Recibir! ¿Sabéis cómo se recibe? Tal vez decís: “Supongo que usted quiere

decir con eso que debo orar mucho”. No, señor, no quiero decir eso. Usted ha estado orando por mucho tiempo. Quiero que, en cierto sentido, dejéis la oración y que empecéis a tomar. Hay una diferencia inmensa entre orar por Cristo, y tomar de Cristo. Nos explicaremos mejor.

Hace algunos años estábamos en compañía del doctor Wilberforce, en Southampton, encontrándonos entonces en el primer flujo de nuestra rendición. Una noche él nos dijo: “Sentémonos en torno al fuego, y hablemos de nuestras vidas cristianas”. A mi turno, yo hablé como lo haría un recién convertido, de mi rendición a Cristo. Un anciano ministro que estaba en el otro lado del círculo, se puso en pie y empezó a hablar. Dijo que le sorprendía mucho que el Sr. Meyer no tuviera algo mejor que lo que había referido. Que al oírle hablar, se podría pensar que lo mejor que tenemos que hacer es dar, abandonar; pero que su fe era contraria a eso, que ella consistía en tomar; tomar primero, y dar después.

Cuando se obtiene oro, se arroja la escoria; cuando se obtienen diamantes legítimos, se desechan los vidrios. Obtened a Cristo, y el mundo ya no tendrá atractivos para vosotros. Dadnos luz del sol, y para nada queremos la luz eléctrica. Dame la claridad del día, y para nada necesitaré luces artificiales.

El anciano continuaba: “Una vez me sentía siempre vencido por mi mal carácter, y luché contra él. Un día, cuando enseñaba a cierto número de niños y rehusaban éstos a oír mi lección, yo llegué al extremo de mi fortaleza. Estaba a punto de olvidarme de mí mismo, cuando en aquel momento me volví a Cristo, diciéndole: “Cristo, sé tú mi dulzura de carácter”.

En vez de luchar contra el mal carácter, tomaba a Cristo como su paciencia, su humildad, su mansedumbre, su dominio de sí mismo. Al momento comprendí que aquel era mejor sistema; y recuerdo que cuando a la mañana siguiente el Dr. Wilberforce bajó de su cuarto, me dijo: “¿Qué piensa usted de lo de anoche?” Le contesté: “Creo que marcará una nueva era en mi vida”. “Sí”, repuso él, “creo que también será así en la mía”.

Desde aquel momento, he tratado de vivir de esa manera; y al sentir que estaba en necesidad de algo, he dicho: “Cristo, sé esto en mí. Éste es el buen fruto de la tierra”.

¿Queréis hacer así? Jesús os ama. Jesús está cercano a vosotros. No me refiero tanto a la cruz, como a Jesús que fue crucificado. No hablo tanto de la sepultura, como de Jesús, que se levantó de ella. No hablo tanto de la ascensión, como de Jesús, que ascendió. Él está siempre con todos nosotros. No es la santidad, sino Jesús, que es el Santo. No es la mansedumbre, sino Jesús, que es el manso. No es la pureza, sino Jesús, que es el puro. Jesús, ¡no ello, no una experiencia, no una emoción, no una fe, sino Jesús!

(Continúa en la página 29)

¡Oh, Espíritu de Dios! ¡Toma todo lo que hay en Cristo y revélalo al corazón que espera en él!



La obra poderosa de Cristo en la cruz acabó con los tres más grandes enemigos del hombre. Razón más que suficiente para proclamar victoria.

¡Victoria!



«Mas gracias sean dados a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo. Así que, hermanos míos amados, estad firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre, sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es en vano» (1 Co. 15:57-58).

Gracias! ¡Victoria!». El Apóstol ha estado tratando con los enemigos más formidables de la esperanza y confianza humana. Es como si él hubiera reunido a estos gigantes, los hubiera puesto en línea, para luego tratar con cada uno muy eficazmente, inmovilizándolos por la Cruz de Cristo.

La ley

El primero en ser tratado es el formidable coloso de la condenación: la ley. Ningún hombre podía ponerse de pie y estar firme contra esa fuerza intimidadora. Había confrontado a cada generación, y siempre hirió y derrotó a los hombres. De hecho, en la soberanía de Dios, uno de los propósitos de su existencia era exponer la debilidad e impotencia del hombre en su estado caído. ¡Pero la gracia, la *gracia* de Dios, en Cristo Jesús, manifestada en plenitud en Cristo crucificado y resucitado, ha derrotado el poder de condenación de la ley, y se ha levantado por encima de esa forma abatida, con esta proclamación triunfante: «¡Gracias! ¡Victoria! ¡Por medio de nuestro Señor Jesucristo!».

El pecado

La fuerza de la ley era el pecado y este hijo monstruoso de ese «Goliat» era el próximo a ser tratado en este capítulo tremendo.

¡Qué poder tiene el pecado! Cada recurso concebible ha sido utilizado para neutralizarlo: la moralidad tradicional, la justificación mental, el razonamiento filosófico, la evasión fatalista, la sublimación y la simulación ideológica; sin decir nada aun de las agonías y esfuerzos por controlarlo. Pero el pecado sigue siendo vencedor en el campo de batalla. Haga usted lo que haga, llámelo como usted quiera, el pecado despreciará todos sus esfuerzos por aplacarlo. Hasta que Cristo vino y Él “nos ha sido hecho por Dios, sabiduría, justificación, santificación y redención»; el «Cordero de Dios que quita el pecado del mundo»... «por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos

hechos justicia de Dios en él». «Por su Cruz él triunfó», y sobre esa tumba viene la proclamación triunfante: «¡Gracias! ¡Victoria! ¡Por medio de nuestro Señor Jesucristo!».

La muerte

¡La ley, el pecado, y la consumación de ambos: la muerte! ¡Qué enemigo! ¡Qué poder! En su propio dominio, la muerte es inexorable, la esperanza es perdida. Es el refugio del desesperado y abandonado. Sin embargo, no es inofensiva; tiene un ‘aguijón’, y, en tanto que es un enemigo, también es un poder.

No magnificaremos esta fuente de dolor, soledad, desilusión y desolación. Ni podemos despedirla con esa filosofía que dice *—al hombre en general—* «no hay muerte.» Pero el Apóstol dice: «Sorbida es la muerte en victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?». Asaltó al incorruptible Hijo de Dios, y Él la enfrentó y le quitó su aguijón.. Muriendo, Él destruyó la muerte para siempre, por todos los que pusieron su fe en Él. Venció sobre la muerte por medio de Su resurrección, pues la trompeta ha anunciado: «*Ahora Cristo se ha levantado de entre los muertos*»,. «Gracias! ¡Victoria! ¡Por medio de nuestro Señor Jesucristo!».

Una palabra de aliento

El Apóstol no se detiene allí. Él agrega una inspirada y alentadora palabra de confianza a todos los que trabajan en la obra del Señor. “*Así que...*” No se desconcierten por la condenación, por su propia conciencia de falta o imperfección; por las persistentes acometidas del acusador; por la poca constancia para acabar la obra; por las decepciones que trae el tiempo. Por causa de este triunfo universal de Aquel a quien ustedes sirven, «...*estad firmes y constantes, creciendo...*”, ya que ustedes saben que su trabajo en el Señor no es en vano.

“¡Gracias a Dios! ... ¡La victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo!».

T. Austin-Sparks
(1889-1971)

Cristo no es sólo el camino para llegar a Dios, sino también es el método para una vida cristiana victoriosa.



Cristo

es el

camino

"**J**esús le dijo: *Yo soy el camino ...*" (Jn.14:6). La palabra 'camino' también significa 'método'. Lo que Él nos muestra aquí es que Él es el camino por el cual llegamos a Dios, y el método por el cual alcanzamos a Dios. Teniéndolo a él, tenemos el camino; poseyéndolo a él, poseemos el método. Todo cristiano verdadero debe aprender la lección de que el Señor Jesús es el camino, de que él es el método. En caso de que ya haya sido salvo usted al menos pasó por la experiencia de creer en Jesús como el camino para llegar a Dios. Esto porque Él es el camino, sin el cual nadie puede llegar a Dios. Todos los que un día fueron salvos saben cómo andar en ese camino. Alabado sea Dios, porque por lo menos esa lección de allegarnos a Dios a través de Jesús de Nazaret, su Hijo, ha sido aprendida por muchos cristianos. Ya caminamos ese camino por lo menos una vez. Ese camino es nada más que el propio Cristo. No existe ningún método fuera de él. Precisamos ver que el Señor Jesús, y ningún otro método, es el único camino por el cual llegamos a Dios, tanto en el momento de nuestra salvación como después.

Cristianos en busca de métodos

Algunos cristianos están en la búsqueda de nuevos métodos espirituales. Cierta vez, después de oír un mensaje respecto de la victoria a través de Cristo y no por esfuerzo propio, un hermano dijo a aquél que había predicado el mensaje: "Por muchos años he sido constantemente derrotado,

Watchman Nee
(1903-1972)

pero hoy todo está resuelto." A lo que el predicador preguntó: "¿Y cómo sabe usted eso?". El hermano respondió: "Porque ahora creo haber hallado un camino para la victoria. ¡Alabado sea Dios porque hoy encontré un método! La victoria a través del Señor, no a través de mí mismo". El hermano que había dado el mensaje respondió: "Si todo lo que halló fue un camino para la victoria, entonces usted va a ser derrotado nuevamente". "¿Por qué dice eso?". "Porque el Señor Jesús nos dice: "Yo soy el camino". En otras palabras, él solamente es el camino, el método. El camino no está fuera de él, porque él mismo es el camino. Si todo aquello que conseguimos se resume en un método, descubrimos rápidamente su ineficacia. Dios no nos da un método: Él nos da a Su propio Hijo.

Oímos frecuentemente la experiencia de otras personas y percibimos su validez, pero lo que vemos es solamente un *método* en vez de ver al Señor que aquellas personas tocaron. Como resultado sufrimos derrota tras derrota. El problema principal es que, de esta manera, nosotros no llegamos a conocer al Señor como el camino.

Dos cosas diferentes

Precisamos entender que creer en el propio Señor y creer en una fórmula son, en realidad, dos cosas diferentes. Por la gracia de Dios, un cristiano tiene sus ojos abiertos para ver qué tipo de persona es él, así que él se somete a creer en el Señor, confiando que el Señor hará aquello que él no puede hacer por sí mismo. En consecuencia, él obtiene

liberación y se torna completamente satisfecho delante de Dios. Más tarde, sin embargo, otro cristiano aparece. Al oír el testimonio de aquella primera persona, él también pide a Dios que lo ilumine para descubrir su incapacidad. Él también sabe que debe creer en Dios y que humildemente debe abandonar su yo. Con todo, extrañamente él no recibe la liberación que el primero experimentó. ¿Cómo se explica eso? La razón es que el primer hermano posee la fe viva que lo capacita tanto para tocar como para creer en el Señor, en cambio el segundo no posee fe alguna, sino que está meramente copiando una fórmula; y así, él no llega a tocar a Dios. Resumiendo, lo que el segundo hermano tiene es un método, no al Señor. Un método no tiene poder ni eficacia alguna; por el hecho de no ser Cristo, ese método es simplemente algo muerto.



métodos de otros; pero de hecho no tocamos al Señor.

Un siervo del Señor cierta vez predicó un mensaje sobre Romanos 6 al 8. Cierta hermano, al oír ese mensaje dijo: “Hoy consigo entender el camino de la victoria. Veo claramente. De ahora en adelante no seré más derrotado como antes.” Otro hermano se aproximó al predicador y cuando éste le preguntó cómo se sentía, dijo: “No sé como describirlo. Sin embargo, el Señor abrió mis ojos y hoy yo le vi.” Lo que este último hermano obtuvo fue al propio Señor. Él, por lo tanto, se mantuvo firme; en cambio el primero fue nuevamente derrotado. Esto, porque el primer hermano recibió solamente un método sin valor y no al propio Señor.

Ver y tocar al Señor

Asimismo, nuestra motivación al oír un mensaje es muchas veces incorrecta. En vez de pedir al Señor revelación para que podamos verlo, intentamos memorizar un método que podamos llevar con nosotros. Si luego aplicamos tal método, no llegaremos a ningún lugar. Algunas veces, sin embargo, llegamos a vislumbrar algo, quizá sin tener la certeza como para atrevernos a decir que vimos al Señor. No obstante, si le vimos, tal visión traerá un cambio real. Gracias a Dios, este es el camino. No se trata de aprender un método, sino de conocer al Señor. Claramente nos es mostrado que el propio Señor es el método.

Debemos, por tanto, al oír un mensaje o un testimonio, examinarnos a nosotros mismos y verificar si hemos encontrado al Señor o si, simplemente, comprendemos un método. No hay liberación en conocer un método; solamente somos liberados al conocer al Señor. Oír cómo él ha ayudado a otros no nos salvará; sólo hallaremos salvación si confiamos en el Señor y en él solamente. Las palabras proferidas por ellos pueden parecer las mismas, pero en cuanto a realidad espiritual hay una distancia enorme. El Señor es el Señor de la vida y quien lo toca a él, toca la vida. Solamente el tocar al Señor confiere vida.

(Extracto del libro:

“Cristo, la esencia de todo lo que es espiritual”)

Fuera de Cristo todo está muerto

Todas las cosas espirituales que están fuera de Cristo son muertas. Vamos a enfatizar esto bien. Algunos hermanos y hermanas se preguntan: “Cuán extraño es que algunas personas que creen en Dios tengan sus oraciones respondidas, en cambio yo, que también creo, no las tengo. ¿Por qué Dios muestra su gracia para con ellas y no para conmigo?”. Parecen acusar a Dios de parcialidad, no percibiendo que aquello en que ellos creen es nada más que una ‘cosa’ y, por tanto, es muerta. Ni fórmulas ni métodos funcionan; sólo Cristo es vivo. No es porque alguien haya aprendido una serie de métodos que tal persona sea un cristiano; las personas se vuelven hijos de Dios a través del nuevo nacimiento, y no por haberlo aprendido.

“Yo soy el camino”, afirma el Señor Jesús. Cristo es el camino, Cristo es el método. Mis amigos, ¿Será que Cristo es su camino, Cristo es su método? ¿O será que usted está buscando un camino o un método diferente de él mismo? Alabado sea Dios, si Cristo fuese nuestro método, todo estaría bien. Pero si tenemos simplemente una fórmula, aunque sea mejor y más precisa que muchas, todavía así, es algo muerto y no posee valor espiritual alguno. La razón de oraciones no respondidas y de testimonios ineficaces reside en el hecho de no haber tocado al Señor. Meramente copiamos los

Todas las cosas
espirituales
que están fuera
de Cristo
son muertas.

(Viene de la página 26)

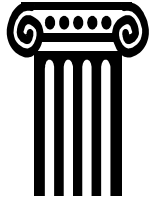
Habréis estado poco satisfechos de vuestra fe. ¡No penséis en eso! No contempléis vuestra fe; contemplad a Jesús, y tendréis fe sin notarlo. Habéis estado preocupados respecto de vuestros sentimientos: eso no vale nada. El sentimiento va y viene, como un barómetro. No penséis en él, pero vivid como en la presencia de Jesús.

Almas: vosotras y Jesucristo estáis en pie frente a frente. Entregadle todo vuestro ser a él y él os dará todo su ser a vosotras. Id a vuestra vivienda miserable, id a donde yace vuestro niño

enfermo, id a los campos del dolor, del sufrimiento y de la tristeza: Él irá también con vosotros. Habéis logrado que el manantial brote junto a vosotros: no tenéis necesidad de ir a llenar vuestro jarro en alguna fuente extraña. Tenéis a Jesús en vuestros corazones, manantial que brota para vida eterna. ¡Oh, Alma: cuán rica eres tú que, pasando el Jordán, has entrado a la tierra de reposo!

Tomado de “Un reprobado y otros discursos”.

DESDE EL GRIEGO...



huiiothesia

Rubén Chacón V.

La “adopción de hijos” (Gál. 4:5) y “ser adoptados hijos” (Ef. 1:5) son dos frases que traducen la palabra griega “huiiothesia”. Usar la palabra “adopción” para traducir “huiiothesia” es, sin embargo, poco conveniente. En efecto, el término “adopción” tiene, en general, un significado semántico muy definido que no dice relación con el sentido de la palabra “huiiothesia”. La palabra “adopción” induce a pensar que “huiiothesia” indicaría el hecho de que somos hijos adoptivos, esto es, elegidos y tratados como hijos sin serlo realmente. Pero esto no constituye la esencia del significado de la palabra huiiothesia.

Huiiothesia indica, más bien, el momento en que un hijo alcanza la madurez o, dicho en términos comunes, cuando alcanza la mayoría de edad. La huiiothesia es, pues, el paso que hace un hijo desde la niñez a la adultez. En la cultura greco-romana los hijos no eran criados ni educados por sus padres, sino por otras personas llamadas tutores, curadores o ayos. De ahí las palabras de Pablo a los gálatas: “Entre tanto que el heredero es niño, en nada difiere del esclavo, aunque es señor de todo; sino que está bajo tutores y curadores hasta el tiempo señalado por el padre” (4:1-2). El tiempo señalado por el padre era el tiempo de la huiiothesia. Aquí el hijo, una vez criado y educado, era recibido en la familia para el pleno ejercicio de su filiación; ahora, podía gustar y administrar la herencia. De la misma manera, dice Pablo a los gálatas que “cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo... a fin de que recibiésemos la **adopción de hijos** (gr. Huiiothesia).

En el propósito de Dios fuimos predestinados a la huiiothesia: A la calidad de hijos maduros. Nada menor que esto satisfará el corazón del Padre celestial. El idioma griego contiene un término para indicar un hijo maduro: “huiós”. De “huiós” viene precisamente la palabra “huiiothesia”. El propósito de Dios consiste entonces en que alcancemos la calidad de hijos “huiós”. Este es el término que por excelencia se aplica a Jesucristo cuando se le llama “Hijo”. Los nombres Hijo de David, Hijo de Dios, Hijo del Hombre, Hijo del Altísimo, etc., todos contienen la palabra griega “huiós”.

Por su parte, el término griego que indica un hijo pequeño o recién nacido es “teknón”. Ambos términos son usados hermosamente por el apóstol Pablo en su carta a los romanos (8: 14-16). En efecto, la palabra griega para hijo en el v. 14 es “juiós”: “*Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios*”. En cambio, la palabra griega para hijo en el v. 16 es “teknón”. “El Espíritu mismo da testimonio a nuestro, de que somos hijos de Dios”. Este término viene del verbo “tíkto” que significa “parir” o “dar a luz”. Por lo tanto, un hijo “teknón” es un hijo recién nacido o pequeño. No así el hijo “juiós” que denota un hijo maduro, desarrollado. Es como

en una familia. Aunque todos son hijos, no obstante, hablamos de bebés, de niños y de adultos.

¿Por qué Pablo usó el término “teknón” en el v. 16, cuando había usado anteriormente la palabra “juiós”? Por la doble función del v. 14. El versículo 14, por una parte concluye el tema relativo al Espíritu y, por otra parte, es la primera vez que los creyentes son llamados hijos de Dios en toda la epístola. Por lo tanto, el apóstol Pablo guardó el término “hijo” para cuando hubiese finalizado el tema del Espíritu, porque precisamente quería referirse a los hijos “juiós”. Y éstos pueden ser llamados así porque, al haber aprendido a vivir conforme al Espíritu, han alcanzado la madurez. Nótese como a los carnales el mismo Pablo los llama niños en Cristo en 1 Cor. 3:1. Por consiguiente, si Pablo quería hablar de los hijos “juiós” de Dios, tenía necesariamente que esperar hasta el 8:14.

Pero además, dado que presenta a los creyentes por primera vez en toda la epístola como hijos de Dios, Pablo aprovecha de desarrollar el tema del cómo los hijos de Dios alcanzan la gloria. Para este efecto, el punto de partida de todos los creyentes no es la calidad de hijos “juiós” —esa es la meta— sino la calidad de hijos “teknón”.

Por lo tanto, el punto mínimo de partida de todos los creyentes es éste: “*El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos (teknón) de Dios*”. Y si hijos (teknón), continúa Pablo, *también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, **si es que...*** Esta última expresión “si es que” indica que el paso de hijos “teknón” a herederos no es automático. Hay un proceso que vivir y un camino que recorrer. ¿Cuál es? **El de padecer juntamente con Cristo, para que juntamente con él seamos glorificados.** Los padecimientos aquí mencionados son los mismos padecimientos de Cristo. Son los que se originan como resultado de la negación a nuestro yo a fin de hacer la voluntad de Dios. Y este proceso, donde dejamos de andar en la carne, para aprender a andar en el Espíritu, es el que nos permitirá alcanzar la calidad de hijos “juiós” de Dios y la gloria de herederos de Dios.

Finalmente, en el versículo 23 Pablo declara: “*Nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo*”. Según este texto la “adopción” (huiiothesia) tiene también un aspecto futuro: la redención de nuestro cuerpo. Por consiguiente, la “huiiothesia” estará completa no sólo cuando hayamos aprendido a vivir de acuerdo al Espíritu, sino cuando además se haya producido la redención de nuestro cuerpo en la venida de Cristo. La transformación de nuestro cuerpo nos dará finalmente la calidad y facultad plenas para ser herederos de Dios y coherederos con Cristo. Porque *“la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios, ni la corrupción hereda la incorrupción”* (1 Cor. 15:50). Amén.

el joven rico

que dijo «Sí»



Nicolaus Ludwig von Zinzendorf nació en 1700 en una familia rica y noble. Desde 1662 todos los hombres del clan Zinzendorf portaban el título de “conde”, por lo cual Nicolaus es conocido también como el Conde Zinzendorf. La muerte de su padre y el nuevo matrimonio de su madre hizo que quedara al cuidado de su abuela y de su tía, las cuales lo criaron.

Un niño piadoso

El joven conde creció en una atmósfera impregnada por la oración, la lectura bíblica y los

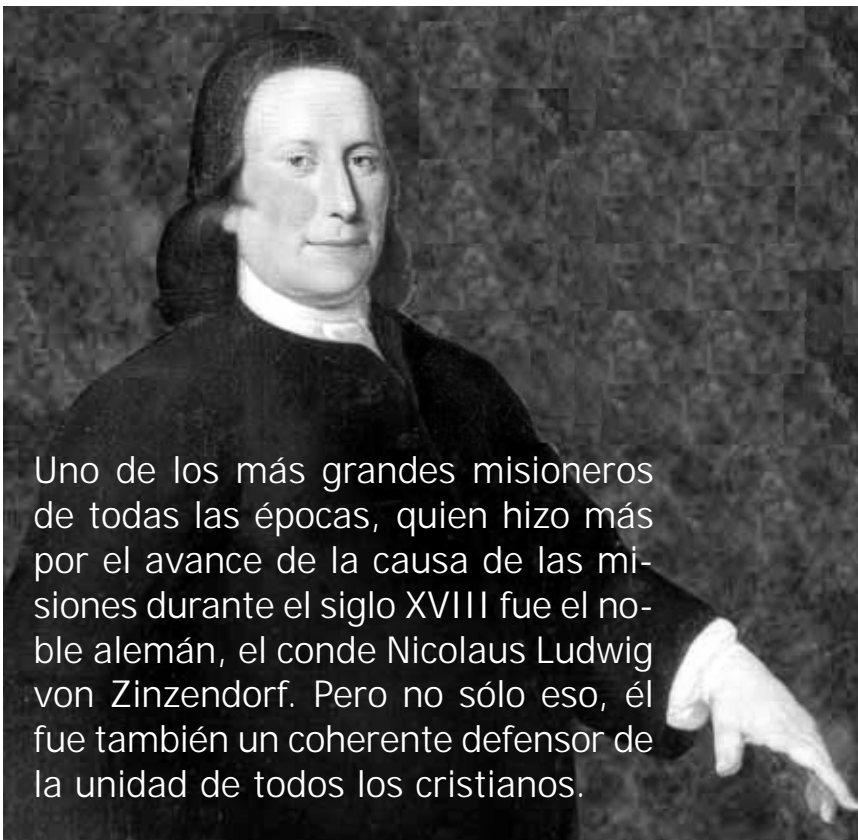
cánticos. Con sinceridad infantil, él escribía cartas de amor para Jesús y las lanzaba desde la ventana de la torre del castillo, con la certeza de que el Señor las recibiría y las leería. Cuando los soldados suecos invadieron Sajonia, ellos entraron en el castillo e irrumpieron en el cuarto donde el conde de 6 años se encontraba en sus acostumbradas devociones. ¡Ellos quedaron paralizados de temor y reverencia cuando oyeron al pequeño orar! Este incidente fue profético de la forma cómo el conde habría de mover a otros con la profundidad de sus experiencias espirituales.

La herencia de Zinzendorf, espiritualmente hablando, fue aquella chispa de luteranismo influenciada por el ‘pietismo’; sin embargo, la historia lo conocería como un ‘moravo’, aunque a él no le agradaba ninguno de esos nombres, porque amaba la unidad de todos los cristianos. Los pietistas buscaban conocer a Cristo de una forma personal y reavivar la iglesia por medio de pequeñas reuniones de estudio bíblico y oración. Para ellos, andar con el Salvador significaba estar separado del mundo, en obediencia a Cristo, a su Palabra y amarlo de corazón.

De niño, le impresionaron fuertemente los sufrimientos de Cristo. Él frecuentemente meditaba en las palabras de un himno de Gerhardt: “La cabeza tan llena de heridas / tan llena de dolor y de desprecio / en medio de otros insultos dolorosos / escarnecido fue con una corona de espinas”. Sin embargo, esta inclinación piadosa era férreamente contrastada por su educación secular. No le era permitido al joven “Lutz” —como le llamaban— que “olvidase que él era un conde”. Él era entrenado y enseñado para el futuro servicio en la corte.

Un joven aventajado

A la edad de diez años fue enviado a estudiar a Halle, donde recibió la inspiradora enseñanza del pietista luterano August H. Francke. Allí Zinzendorf se reunió con otros jóvenes devotos, y de su asociación surgió la «Orden del Grano de



Uno de los más grandes misioneros de todas las épocas, quien hizo más por el avance de la causa de las misiones durante el siglo XVIII fue el noble alemán, el conde Nicolaus Ludwig von Zinzendorf. Pero no sólo eso, él fue también un coherente defensor de la unidad de todos los cristianos.

Desde ese instante, Zinzendorf supo que nunca podría ser feliz viviendo al estilo de la nobleza.

Mostaza», una hermandad cristiana dedicada a amar a «toda la familia humana» y a la propagación del evangelio. Usaban como emblema un pequeño distintivo, con las palabras “Ecce Homo” (“He aquí el hombre”), y el lema: “Sus llagas son nuestra salud”. Cada miembro de la orden usaba un anillo dorado con la inscripción: “Ningún hombre vive para sí”. Con frecuencia, durante las comidas en casa de Francke compartían edificantes narraciones de regiones distantes, testimonios de predicadores y de prisioneros por la fe. Todo esto aumentó su celo por la causa del Señor de una manera poderosa.

De Halle, Zinzendorf fue a Wittenberg a estudiar Derecho como preparación para la carrera de estadística, única vocación aceptable para un noble. Allí, Zinzendorf demostró ser un alumno aventajado. A los 15 años podía leer a los clásicos y el Nuevo Testamento en griego; y poseía fluidez en el latín y el francés. Mostró, además, un claro talento poético. Sin embargo, él no estaba contento con lo que le deparaba el futuro. Anhelaba entrar al ministerio cristiano, pero el rompimiento de la tradición familiar parecía imposible. La cuestión lo abrumó hasta 1719, cuando un incidente cambió el curso de su vida.

¿Qué haces tú por mí?

Ocurrió durante una gira por Europa después de terminar sus estudios. En una galería de arte, vio una pintura (el “Ecce Homo” de Domenico Feti) que mostraba a Cristo sufriendo el dolor producido por la corona de espinas, y una inscripción que decía: «Yo hice todo esto por ti, ¿qué haces tú por mí?». Desde ese instante, Zinzendorf supo que nunca podría ser feliz viviendo al estilo de la nobleza. A pesar del precio que tendría que pagar, buscaría una vida de servicio al Salvador que había sufrido tanto por salvarlo.

Cuando regresó a casa, al término de su viaje que lo llevó a renovar su consagración, hizo una visita a su tía, la Condesa de Castell y su hija, Teodora. Durante su estada cayó enfermo con fiebre, viéndose obligado a permanecer con ellas más tiempo de lo presupuestado. A los pocos días descubrió que estaba enamorado de su joven prima. Ella, todavía un poco fría, le regaló su retrato. El Conde aceptó el regalo con alegría, como una promesa inicial de amor. Poco días después, en un encuentro fortuito con su amigo el Conde Reuss, se percató de que su amigo deseaba casarse con Teodora. Cada uno expresó su deseo de desistir en favor del otro y, no estando en condiciones de resolver el asunto, los dos jóvenes estuvieron de acuerdo en ver lo que la propia Teodora diría. Zinzendorf contaría más tarde cuáles eran sus verdaderos sentimientos en ese momento: “Aunque me costase mi propia vida el tener que renunciar a ella, si esto era más aceptable a mi Salvador, yo debía sacrificar lo que me era más querido en el mundo”. Los dos amigos llegaron a Castell, y Zinzendorf se dio cuenta de que Teodora amaba a

su amigo. Los esponsales fueron sellados inmediatamente en una ceremonia cristiana. El joven conde compuso una cantata para la ocasión, que fue presentada ante toda la casa Castell. Al término del festivo espectáculo, el joven compositor ofreció a favor de la pareja una oración tan tierna que todos fueron movidos a las lágrimas.

Después de estudiar en el Nuevo y el Antiguo Testamento lo que el Señor habla sobre el matrimonio, y seguido de mucha oración y consultas con sus amigos, el conde decidió casarse “escogiendo sólo un cónyuge que compartiera sus ideales”. Encontró esa persona en la condesa Erdmuth von Reuss, con quien se casó en septiembre de 1722. Con ella formó un hogar aún más dedicado y piadoso que el suyo propio. La mira del conde era servir a Cristo, y su esposa lo apoyaría en ese objetivo. Erdmuth llegó a ser la “Madre adoptiva de los Hermanos”.

Nace Herrnhut

Ese mismo año, Zinzendorf se inició en el oficio de Consejero real en Dresden. En las tardes de domingo, dirigía estudios bíblicos, y oraba para que la villa en que vivía se transformara en una real comunidad cristiana, sin saber cómo Dios respondería a este deseo.

La oportunidad de participar en un servicio cristiano de importancia se le presentó cuando un grupo de moravos buscó protección en su propiedad en Berthelsdorf, que después se llamó Herrnhut (“el cuidado del Señor”). La invitación de Zinzendorf a estos refugiados a establecerse en sus propiedades, a pesar de la oposición de otros miembros de su familia, fue un punto decisivo en el desarrollo del movimiento moravo. Herrnhut creció rápidamente al tenerse noticias de la generosidad del Conde. Los refugiados siguieron llegando, y pronto la propiedad se convirtió en una creciente comunidad.

Además de los moravos, comenzaron a llegar luteranos, calvinistas, hermanos bohemios, ‘schwenkfelders’ y desertores diversos de iglesias establecidas. Al crecer la población, también aumentaron los problemas. Los diferentes fundamentos doctrinales de los residentes crearon discordias y, en más de una ocasión, se puso en peligro la propia existencia de Herrnhut.



Castillo de Berthelsdorf (Herrnhut)



Zinzendorf fue muy paciente y pacificador. Escuchaba a todos lo que tuvieran que decir, intentando comprender su punto de vista, hasta el máximo que podía sin contradecir la verdad. Evitó todo lo que significara una naturaleza violenta. Cuando Zinzendorf se hallaba en Herrnhut todo parecía estar bien, pero apenas salía de sus contornos, los problemas resurgían.

Un pacto de unidad

Un día, el 12 de mayo de 1727, decidido a hacer algo que marcara una solución definitiva, Zinzendorf convocó a todos los hermanos y les habló durante tres horas acerca de la impiedad de la división. Ese día, los hermanos hicieron un pacto con él en la presencia de Dios. Los hermanos, uno tras otro, estuvieron de acuerdo y se comprometieron a pertenecer solamente al Salvador. Se avergonzaron de sus desacuerdos religiosos y unánimemente estuvieron dispuestos a enterrar para siempre sus diferencias. Ellos renunciaron a amarse a sí mismos, a su propia voluntad, a su desobediencia y pensamientos libres. Desearon ser pobres en espíritu y ser enseñados por el Espíritu Santo en todas las cosas.

Acto seguido el Conde estableció algunas responsabilidades personales y entregó algunas reglas para orientar la relación mutua. Así fue cómo, cinco años después de la llegada de los primeros refugiados, todo el ambiente cambió. Comenzó un período de renovación espiritual que llegó a su clímax en un servicio de comunión el 13 de agosto de ese año con un gran avivamiento que, según los participantes, señaló la venida del Espíritu Santo a Herrnhut. Esta gran noche de avivamiento produjo un nuevo entusiasmo por las misiones, que fueron la principal característica de este movimiento.

Las pequeñas diferencias doctrinales ya no constituyeron causa de discusión. Al contrario, había un fuerte espíritu de unidad y una elevada dependencia de Dios. Se realizaban tres reuniones al día, la primera de ellas a las 4 de la mañana, para orar, adorar y leer la Biblia. Por ese tiempo se comenzó una vigilia de oración que continuó veinticuatro horas al día, 7 días a la semana, sin interrupción, durante más de cien años.

Un visitante ilustre

El predicador inglés Juan Wesley conoció a los moravos en una travesía en barco por el Atlántico. Él era un joven piadoso, pero aún no conocía su salvación. En medio de una tempestad en el mar, mientras todos los pasajeros estaban espantados, un grupo de moravos permanecían perfectamente tranquilos. Concluida la tormenta Wesley se acercó y le preguntó a uno de ellos: “Vuestras mujeres y vuestros niños, ¿no tenían miedo?”. “No, señor, nuestras mujeres y nuestros niños no temen la muerte”, fue la simple respuesta. Wesley comprendió que aún no tenía una fe tan grande como la de ellos.



Zinzendorf y Wesley (Grabado de la época)

Más tarde, Wesley viajó a Alemania para conocerlos más de cerca. Allí tuvo oportunidad de admirar la pureza de sus costumbres. “Estaban siempre ocupados –dice–, siempre gozosos y de buen humor en sus tratos unos con otros: no se dejaban dominar nunca por la cólera; evitaban todo motivo de querella, toda clase de acritud y las malas palabras; dondequiera que se encontrasen, andaban siempre de una manera digna de la vocación cristiana.”

En Marienborn, cerca de Frankfurt se encontró con Zinzendorf, a quien deseaba conocer. Sus conversaciones con él le fueron sumamente útiles y placenteras. “He encontrado lo que buscaba – escribió después–: pruebas vivas del poder de la fe, individuos librados del pecado interior y exterior por el amor de Dios derramado en sus corazones, y libres de dudas y temores por el testimonio interior del Espíritu Santo.”

En Herrnhut quedó maravillado por lo que vio: “Me encuentro en el seno de una iglesia cuya ciudadanía está en el cielo; que posee el Espíritu que estaba en Cristo y que anda como él anduvo.” Quedó impresionado con la solemne sencillez de sus cultos, que contrastaban con el ceremonial de la iglesia anglicana de aquellos días. “La gran sencillez y solemnidad de aquella escena me remontaron 17 siglos atrás a una de aquellas asambleas presididas por Pablo o por Pedro” – escribió Wesley. “Bien hubiera querido pasar aquí toda mi vida, pero el Maestro me llamaba a otras parte de su viña, y tuve que abandonar este lugar dichoso. ¡Ah!, ¿cuándo *este* cristianismo cubrirá la tierra, como las “aguas cubren el mar”?”

El auge de las misiones

La participación directa de Zinzendorf en las misiones en el extranjero no ocurrió sino hasta unos años después del gran avivamiento espiritual

¡Ah!, ¿cuándo
este
cristianismo
cubrirá la
tierra, como
las “aguas
cubren el
mar”?



Quedó tan impresionado con su solicitud de misioneros que invitó al esclavo a visitar Herrnhut, y él mismo volvió a casa con un sentido de urgencia por empezar inmediatamente la obra misionera.

en Herrnhut. En 1731, mientras asistía a la coronación del rey danés Christian VI, le presentaron a dos personas de Groenlandia y a un esclavo negro de las Indias Occidentales. Quedó tan impresionado con su solicitud de misioneros que invitó al esclavo a visitar Herrnhut, y él mismo volvió a casa con un sentido de urgencia por empezar inmediatamente la obra misionera. Antes de un año se enviaron los primeros dos misioneros moravos a las Islas Vírgenes, y en las dos décadas siguientes enviaron más misioneros que los enviados en conjunto por todos los protestantes durante los dos siglos anteriores.

Aunque a Zinzendorf se le conoce principalmente como iniciador y motivador de misiones, también participó personalmente en ellas. En 1738, unos años después que los primeros misioneros habían ido al Caribe, Zinzendorf acompañó a tres nuevos misioneros que habían recibido la comisión de unirse a sus colegas allí. A su llegada, vieron con tristeza que sus colegas estaban en la cárcel; pero Zinzendorf, sin pérdida de tiempo, usó su prestigio y autoridad de noble para obtener su libertad. Durante su visita celebró servicios religiosos diarios para los caribeños, y dispuso la organización y las asignaciones territoriales de los misioneros. Cuando vio que la obra misionera estaba firme, regresó a Europa. Después de dos años, zarpó de nuevo, esta vez hacia las colonias norteamericanas. Allí trabajó, hombro a hombro con los hermanos que laboraban entre los indígenas.

Aunque Zinzendorf había renunciado a su vida de noble, no le era fácil asumir el rango de misionero. Por naturaleza, no le gustaba la vida de campo ni sobrellevaba fácilmente las molestias de la obra cotidiana. Pero el que lo hiciera con toda pasión demostraba su victoria sobre sí mismo, y el profundo amor por su Señor, a quien procuraba seguir en todo.

Como administrador de la misión, Zinzendorf pasó treinta y tres años supervisando misioneros en todo el mundo. Sus métodos eran sencillos y prácticos. Todos sus misioneros eran laicos preparados, no en Teología sino en evangelismo personal. Como laicos que se sostenían a sí mismos, se esperaba que ellos trabajaran lado a lado con sus posibles conversos, dando testimonio

de su fe por la palabra hablada y por el ejemplo vivo. Se debían mostrar como iguales, no como superiores a ellos. Su mensaje era el amor de Cristo, sin considerar las verdades doctrinales hasta después de la conversión; y aun entonces, la comunión devota con el Señor tenía más importancia que la enseñanza teológica.

Por el año 1742, más de 70 misioneros moravos, de una comunidad de no más de 600 habitantes, habían respondido al llamado para ir a Groenlandia, Surinam, África del Sur, Algeria, América del Norte, y otras tierras, llevando el evangelio.

Dificultades y pruebas

Cuando más ardía el fuego misionero en Herrnhut, Zinzendorf sufría más oposiciones. En 1736 fue expulsado de Sajonia. Salió, entonces, con su familia y algunos hermanos, y fueron hasta las inmediaciones de Frankfurt, donde se estableció en un antiguo castillo llamado Ronneburg. Una década después, una nueva colonización se estableció allí, Herrnhag, que superaba a Herrnhut en tamaño.

Pero en Ronneburg la condesa sintió que la estadía allí había sido turbulenta desde el inicio. Cierta vez que Zinzendorf estaba fuera, en uno de sus perpetuos viajes, su hijo de 3 años de edad, Christian Ludwig, enfermó. No habiendo allí ninguna ayuda médica, falleció. Zinzendorf y Erdmuth tuvieron 12 hijos, de los cuales sólo 4 alcanzaron la madurez.

Durante su exilio, y por cuestión de necesidad, Zinzendorf formó un "comité ejecutivo" itinerante, el cual se hizo conocido como la "Congregación Peregrina". Este comité sirvió para dirigir la obra de la iglesia de misión foránea y el ministerio para sociedades de la diáspora. La Congregación Peregrina seguía el régimen de Herrnhut en relación a las oraciones y la disciplina, pero era movable. Los años de exilio encontraron al grupo en Wetteravia, Inglaterra, Holanda, Berlín y Suiza. De Herrnhag, sólo en 1747, 200 hermanos saldrían como misioneros.

En 1755, su hijo Christian Renatus, de 24 años de edad, murió en Londres y el año siguiente la condesa Erdmuth falleció en Herrnhut. El remordimiento y el sentimiento de culpa acometieron al conde después de la muerte de su esposa, por haberle dado cada vez menos atención en las dos últimas décadas.

Un año después de la muerte de la condesa, él se casó con Anna Nitschmann y renunció a su posición en el Estado como cabeza de su noble familia. Abdicó a favor de su sobrino Ludwig, pues estaba cada vez menos inclinado a las honras del mundo.

Al año 1760 se registraban 28 años de misiones maravillosas. Cerca de 226 misioneros habían sido enviados. Como un gran visionario y un peregrino incansable, Zinzendorf vivió sus últimos años en Herrnhut.



Herrnaag

Legado de Zinzendorf

Zinzendorf tenía una relación muy cercana con el Señor. Él vivió día tras día en una comunión viva con Cristo, como con un amigo cercano. Investigó en las Escrituras todos los pasajes que hablan de la comunión amistosa y amable de Dios con el hombre, para exhortar a los hermanos a mantener una relación confidencial con su Salvador. “Nada debe ser tan valorado como la conciencia de que él siempre está cerca, que pueden decirle todo”. Los hermanos debían considerarle y escucharle sobre todas las cosas, porque él es el amigo más querido y más fiel. Él debía ser su primer pensamiento cuando se despertaran por la mañana, y debían pasar el día entero en su presencia; traer todas las quejas ante él, esperar toda la ayuda de él, concluir sus trabajos con él y retirarse en su presencia para descansar.

Zinzendorf vivió en la expectativa constante de la venida del Señor. Él dijo: “La esperanza de que el Salvador pronto vendrá, y nos recibirá en su descanso, es un pensamiento noble, dichoso, sensible y cautivador.”

Zinzendorf tuvo una fuerte convicción de la unidad de todos los cristianos. Vio que la unidad es un asunto de la vida divina compartida por todos los creyentes. Alentó la comunión con todos los cristianos, incluso con aquellos que tienen una posición no bíblica por ignorancia. Consecuentemente, Zinzendorf prefería el término “hermanos” para llamarse unos a otros, por ser simple y bíblico, en tanto que rechazaba los epítetos de ‘bohemio’ o ‘moravo’, porque promovían el sectarismo.

Zinzendorf decía que la Iglesia es la congregación de Dios en el Espíritu en el mundo entero, que constituye el cuerpo espiritual cuya Cabeza es Cristo. Comprendió que la iglesia en general había sido degradada al hacerla parte del mundo y unirla con la estructura política. Sin embargo, sabía que algunos creyentes genuinos todavía podrían ser encontrados dentro de las denominaciones. Para explicar esta situación confusa, Zinzendorf sostuvo la enseñanza de la ‘ecclesiola’, la “iglesia dentro de la iglesia”, compuesta por fieles que seguían al Señor. Él veía a los hermanos moravos juntándose como una ‘ecclesiola’; sin embargo, él nunca abandonó el luteranismo.

Los hermanos de Herrnuht practicaban una

intensa vida de iglesia, hecho que era facilitado por la diaria convivencia. Tenían diversos tipos de reuniones para atender las diferentes necesidades de la comunidad: de oración, para la palabra, para la alabanza, de niños, para visitantes, de hermanos, de hermanas, etc. Se preocupaban de los enfermos, de las viudas y de los huérfanos. En su vida de iglesia, ellos experimentaron la vida del cielo sobre la tierra.

Mil veces le oí

Respecto de Zinzendorf, se ha escrito: “Hasta el día de su muerte, Cristo su Salvador fue para él el todo en todos. Él vivió sólo para su gloria y mantuvo con él una comunión ininterrumpida de fe y amor. Posesiones terrenas, honras y fama eran para él como nada en comparación con Cristo”. Él decía de su Señor: “Yo tengo sólo una pasión; y ésta es Él, solamente Él”. “Mil veces yo lo oí hablar en mi corazón y le vi con los ojos de la fe”. “De todas las cualidades de Cristo la mayor es su nobleza; y de todas las ideas dignas en el mundo, la más noble es la idea de que el Creador debería morir por sus hijos. Si el Señor fuese abandonado por el mundo entero, yo todavía me apegaría a él y le amaría.”

Herder, el poeta alemán, escribió de él: “Fue un conquistador en el mundo espiritual”. John Albertini, el elocuente predicador, describe la nota clave en la vida de Zinzendorf: “Fue el amor a Cristo que ardió en el corazón del niño, el mismo amor que ardió en el joven, el mismo amor que lo hizo vibrar en la adultez, el mismo amor que inspiró cada una de sus obras.”

Un día antes de su muerte, Zinzendorf estaba muy debilitado. Apenas en un susurro, le dijo al obispo Nitschmann, que estaba al lado de su lecho: “¿Usted suponía en el inicio que el Salvador iría a hacer tanto, como ahora nosotros vemos realmente entre los hijos de Dios de otras denominaciones, y entre los incrédulos? Yo sólo le pedí algunas de las primicias de nuestros días, mas ahora hay millares de ellas. Nitschman, ¡qué formidable caravana de nuestra iglesia ya está en dirección al Cordero!”

Zinzendorf ha sido identificado por algunos como alguien genuinamente cristocéntrico; por otros como un líder espiritual que dio forma al curso del cristianismo en el siglo XVIII, y todavía por otros como el gobernante joven y rico que se encontró con Jesús y le dijo fervorosamente “Sf”.

Fuentes: Revista “À Maturidade”, www.countzinzendorf.org
www.kerigma.com, Juan Wesley, su vida y obra (Mateo Lelièvre).



Él decía de su Señor:
“Yo tengo sólo una pasión; y ésta es Él, solamente Él”.

perfiles

Un hallazgo maravilloso

En la época de la juventud de Martín Lutero, la Biblia era un libro desconocido para el vulgo, además de que su precio era exorbitante. Recién cuando ingresó a la Universidad de Erfurt, Lutero tuvo su primer encuentro con una. Fue en la Biblioteca de la Universidad, un día que trajinaba entre los libros, se encontró con una Biblia latina. Hasta entonces había creído que los evangelios y las epístolas que se leían los domingos en la iglesia constituían por sí solos toda la Sagrada Escritura. Ahora, al abrir la Biblia, ¡oh maravilla!, encontró tantas páginas, tantos capítulos y libros enteros, de cuya existencia no tenía la más remota idea. Su espíritu se estremeció de placer; estrechó el libro contra su corazón, y con sentimientos que no se pueden imaginar, presa de una excitación indescriptible, lo leyó página por página.

En Martín Lutero, emancipador de la conciencia, por Federico Fliedner

El comienzo de la vida

Dietrich Bonhoeffer fue ejecutado en un campo de concentración nazi el domingo 9 de abril de 1945. Sus compañeros de prisión dijeron más tarde que había estado dirigiendo un servicio de adoración, y en cuanto terminó la última oración, se abrió la puerta y dos hombres entraron y gritaron: "Prisionero Bonhoeffer, venga con nosotros." Todos sabían lo que esto significaba: la ejecución. Al salir, él les dijo a sus compañeros:

— Este es el fin, pero para mí es el comienzo de la vida.

Tomado de 503 ilustraciones escogidas, de José Luis Martínez

No recompensa, sino misericordia

Cuando el santo puritano Thomas Hooker estaba en su lecho de muerte, los que rodeaban su cama le dijeron:

— Hermano Hooker, ahora va a recibir su recompensa.

— ¡No, no! – dijo entrecortadamente – voy a recibir misericordia.

A. W. Tozer, en Manantiales de lo alto

No oren por mí

Cierta vez los diáconos de la iglesia a la que asistía, preguntaron al evangelista Carlos Finney, antes de ser un convertido, si quería que ellos oraran por él. Contra lo que ellos esperaban, él les contestó: "No; en realidad lo lamentaría. Si oraran ustedes por mí, y si me convirtiera por medio de sus oraciones, sería tan gruñón y desapacible como ustedes. Además, no creo que sus oraciones tengan poder para convertirme, y sospecho que ustedes mismos se quedarían muy sorprendidos si ocurriera algo así. He oído que están orando por un avivamiento con la misma actitud abatida y melancólica desde que llegué a esta ciudad, y por la cara que ponen y el tono con que hablan, dudo que venga. Cuando me convierta quiero una religión que me haga dichoso y un Dios que me dé lo que le pida".

Citado por A.B. Simpson, en Cómo vivir una vida cristiana abundante

Una Biblia muy gastada

La forma como el evangelista Jonatán Goforth obtuvo una esposa es bien peculiar. Cierta domingo, en la *Toronto Mission Union*, estaban Rosalind Bell-Smith y Jonatán, sentados a varios metros de distancia el uno del otro, esperando el comienzo de una reunión de obreros. Ellos aun no se conocían. De pronto, alguien llamó desde la puerta a Jonatán, el cual salió, dejando su Biblia sobre la silla. Ella advirtió su salida, y se sintió extrañamente impelida a ir a la silla de él y tomar su Biblia. Al hojear rápidamente el libro, se dio cuenta de que estaba muy gastado por el uso. Luego, lo puso nuevamente

sobre la silla. Todo sucedió en breves segundos. Pero en ese momento surgió un pensamiento en el corazón de Rosalind: "Este es el joven con quien sería bueno que yo me casara."

El matrimonio de Jonatán y Rosalind fue largo y fructífero. Los muchos convertidos en China así lo atestiguan.

Orlando Boyer, en Biografías de grandes cristianos

Otro mundo

Mientras un noble le mostraba su casa, Juan Wesley, admirado por las costosas obras de arte y otros símbolos de riqueza y cultura que en ella había, exclamó: "Yo también podría amar esas cosas, pero existe otro mundo."

Citado por Wesley L. Duewel, en Cambie el mundo a través de la oración

Los puntos sobre las íes

Cuando aún no tenía D.L. Moody 30 años tuvo que emprender un viaje a Inglaterra, a causa de la salud de su esposa. Aunque no era conocido allí, fue invitado a tomar parte en una Convención de Escuelas Dominicales. La etiqueta requería para esto ciertas formalidades que le concedieran el derecho al uso de la palabra. Tenía que proponer un voto de gracias al presidente de la convención, el conde de Shaftesbury. Hacia el fin de la sesión, habiendo cedido el presidente su puesto al vicepresidente, dijo éste que se sentían hondamente satisfechos al poder saludar y dar la bienvenida a "su primo" el reverendo señor Moody, de Chicago, quien a continuación daría un voto de gracias al noble conde que había presidido.

En seguida se levantó Moody y de un solo golpe echó a rodar todo el ritual, incompatible con su natural franqueza, diciendo: "El presidente ha cometido dos errores. Primero, yo no soy tal reverendo Moody, sino que me llamo simplemente D.L. Moody, obrero que ha trabajado en Escuelas Dominicales. Y segundo, no soy vuestro "primo americano". Por la gracia de Dios soy vuestro hermano que, como vosotros, se interesa en la obra de nuestro Padre. Y respecto al voto de gracias al noble conde por haber presidido esta sesión, no veo el motivo para que nosotros le demos más gracias que él a nosotros."

Citado en Dwight L. Moody, Arboleda, de E.Lund

Petición concedida

Cuando Henry Stanley encontró a David Livingstone, el gran misionero que pasó 30 años en la oscura África, y que había estado perdido para el mundo por más de dos años, insistió para que volviese para su casa en Inglaterra en su compañía, pero Livingstone rehusó. Dos días más tarde, él escribió en su diario: "19 de marzo, mi cumpleaños. Mi Jesús, mi Rey, mi Vida, mi Todo, yo nuevamente dedico todo lo mío para que sea tuyo. Acéptame, y concédeme que antes que el año termine, yo pueda terminar mi trabajo. Esto pido en el nombre de Jesús. Amén." Un año más tarde su criado lo encontró muerto, de rodillas.

Tomado de "Á Maturidade", Nº 3, 1978.



Una reivindicación de la maternidad como un acto de consagración a Dios, para la operación del milagro de la vida y para la expresión del propósito divino en los hijos.



mi embrión vieron tus ojos

Marcelo Díaz P.

Conozco a una madre creyente a quien, años después de tener su último hijo, le fue diagnosticado un cáncer uterino. Los médicos plantearon varias vías para abordar el problema, y la más viable para la salud de ella fue la extracción total del útero. La situación en ese momento fue angustiante, pues, en medio del proceso, los médicos se dieron cuenta de que ella estaba embarazada. Sin embargo, para nuestra sorpresa, ocurrió un hecho maravilloso: el bebé comenzó a crecer, y a medida que crecía en el útero, el cáncer fue desapareciendo hasta llegar a una completa normalidad. ¡Qué maravilloso! La vida que se gestó allí fue más poderosa que la muerte amenazante.

Los cristianos sabemos que la gestación es más que sólo un simple acto de la naturaleza. Dios está presente en cada concepción.

Dios está presente

El misterio de una vida que se gesta no está oculto a los ojos de Dios y tampoco a la operación de su poder. En las Escrituras, todas las mujeres que fueron estériles, oraron a Dios con fe, y concibieron hijos.

Dios mismo es quien nos ha formado en el vientre de nuestra madre: *“Porque tú formaste mis entrañas; tu me hiciste en el vientre de mi madre... mi embrión vieron tus ojos”* (Sal. 139:13). Dios nos ha escogido desde antes de la fundación del mundo, para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo (Ef. 1:4-5).

Por esta causa, valoramos la maternidad, y dignificamos a quienes en un acto de amor consagran sus vientres como una ofrenda y sacrificio a Dios. *“Pues todo es tuyo y de lo recibido de tu mano te damos”* (1Cr. 29:14).

Así, pues, los padres cristianos tenemos todo el derecho a esperar que el Espíritu Santo, que opera en nosotros la filiación de hijos de Dios, pueda posesionarse completamente de la vida que se está gestando en el vientre. Esta es, sin duda, la esperanza más valiosa de la maternidad.

Llenos del Espíritu Santo

En cuanto a gestación y nacimiento, Lucas, “el médico amado”, registra detalles no capturados en los otros evangelios en relación al embarazo de María y Elizabeth. Conocemos las circunstancias generales de la vida del Señor y también de Juan el Bautista aun antes de que fueron concebidos.

Quisiera poner especial atención en la vida de Juan a partir de una declaración del Señor que involucra a todos los hijos del Reino: *“Os digo que entre los nacidos de mujer no hay mayor profeta que Juan el Bautista; pero el más pequeño en el reino de Dios es mayor que él”* (Luc. 7:28).

La verdad que se nos revela aquí es de un valor incalculable para una madre creyente. La realidad de que ella pueda llevar en su vientre la bendición de Dios es vigente y real. Si de Juan —el último profeta del Antiguo Pacto— se dijeron estas palabras, ¿cuánto más pueden ser llenos del Espíritu Santo desde el vientre materno los hijos de aquellos que gozan de la gracia del Nuevo Pacto? Si nuestros cuerpos son templo del Espíritu Santo (1 Co. 6;19), ¿no lo será también el hijo que se gesta en el vientre? ¡Aleluya! Nuestros hijos pueden ser llenos del Espíritu de Cristo aún desde su concepción. ¡Qué gloriosa verdad, qué bendita gracia!

A Zacarías se le dice: *“No temas; porque tu oración ha sido oída, y tu mujer Elizabeth te dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Juan. Y tendrás gozo y alegría, y muchos se regocijarán de su nacimiento; porque será grande delante de Dios. No beberá vino ni sidra, y será lleno del Espíritu Santo aun desde el vientre de su madre”* (Lc. 1:15.)

Consideremos lo que dice el ángel acerca de Juan el Bautista, para extraer los principios de un niño gestado y nacido bajo estas condiciones.

“No temas, tu oración ha sido oída y tu mujer Elizabeth te dará a luz un hijo...” Israel estaba bajo la opresión del yugo romano, de modo que mientras Zacarías ofrecía el incienso en el altar, el pueblo pedía por su liberación. Por su parte, tal vez Zacarías, ya viejo, se atrevió a presentar por última vez, casi sin fe, la oración que por tanto

tiempo pronunció junto a su esposa: “Señor, danos un hijo”. Y Dios respondió.

Fue tan sorprendente la respuesta, que Zacarías quedó perplejo. Elizabeth era estéril, y ambos eran de edad avanzada. No tenían nada más en que confiar, excepto en Dios (Lc. 1:6). Así, pues, los hijos no vienen por nuestra virilidad, nuestra fecundidad, sino por voluntad divina.

Respetar el deseo divino

“...Y llamarás su nombre Juan.” A cada hijo se le ha concedido una gracia particular, diseñada en la eternidad, implantada en la gestación y lista para desarrollarse en el nacimiento. Zacarías se atreve a ir contra toda una tradición familiar judía al ponerle como nombre Juan, afirmando en su corazón el camino que Dios había trazado para ese hijo. Así también, los padres cristianos debemos tener la firme determinación de respetar el deseo divino, creer en la operación del Espíritu Santo en la vida de nuestros hijos y criarlos en la disciplina y amonestación del Señor.

Un motivo de gozo

“Y tendrás gozo y alegría, y muchos se regocijarán de su nacimiento...” La presión que ejerce hoy el mundo sobre las personas genera angustia ante la llegada de un hijo. El énfasis hedonista en la independencia hace que los hijos sean una carga difícil de sobrellevar. La presión socioeconómica dificulta la llegada de los hijos; muchos padres cristianos están presos de un estilo de vida mundanal y egoísta. Es preciso que la presencia de Dios por su Espíritu posea la vida de los niños aún antes de nacer. El fruto del Espíritu es gozo. La conciencia de la operación de Dios en la llegada de un hijo a un matrimonio cristiano, cualquiera sean las circunstancias, provocará una explosión de júbilo que no es producto de una actividad del alma, sino del mismo espíritu.

El vínculo de Juan el Bautista con la redención en Cristo, hizo que muchos se regocijaron con su nacimiento. Así, nuestros hijos nacen íntimamente ligados a la obra redentora de Cristo, teniendo todas las posibilidades de permanecer en la fe, asumiendo su profesión como hijos de Dios.

Aquí hay un punto importante a destacar. Es claro que aquellos que asumen la fe obtienen las promesas, involucrando a todos los de su casa. Es falsa la idea de que nuestros hijos tienen que conocer primero el mundo y sus afanes para luego venir a la fe. Muchos padres cristianos, por no apropiarse de las promesas de Dios, se han debilitado, siendo permisivos con sus hijos, consintiéndoles caprichos que les llevan cada vez más lejos de Cristo, obteniendo como consecuencia sólo desazón y tristeza. La equívoca premisa que aquí se esconde está en pensar que la acción del pecado es más poderosa que la acción del Espíritu Santo. Tenemos todo a nuestro favor para que nuestros hijos crezcan y se desarrollen en la gracia. Sin duda, esto es motivo de gozo.

Grande a los ojos de Dios

“...porque será grande delante de Dios...” Esto es glorioso, el ser grande a los ojos de Dios. Puede ser que nuestros hijos no lleguen a la estatura que el mundo exige, que no lleguen a ser personas de renombre, pero serán grandes delante de Dios.

La vida de Juan el Bautista fue absolutamente atípica. Su vestido, su comida, el lugar donde moraba, no eran cosas que se pudiesen envidiar, pero de él dijo el Señor: “Entre los nacidos de mujer no hay mayor profeta que Juan el Bautista”. ¡Qué importa no ser grande ante el mundo, si somos grandes a los ojos de Dios!

Consagración

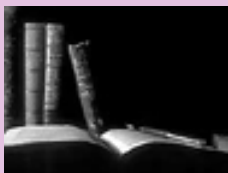
“No beberá vino ni sidra, y será lleno del Espíritu Santo aun desde el vientre de su madre.” Esta restricción nos revela la esencia del carácter del Espíritu Santo en la consagración de los hijos al propósito divino. Para Juan significó un voto que cumplió todos los días de su vida. Para nuestros hijos implica el ser consagrados a la vida de Cristo que crece en ellos. El Espíritu Santo se encargará de guiarlos, tomando lo de Cristo y haciéndolo saber tanto a nosotros los padres como a nuestros hijos. La voluntad de Dios es que ninguno de los suyos se pierda, y todos crezcan conformados a la imagen del Hijo.

“Desde el vientre de mi madre tú eres mi Dios” (Sal. 22:10).



A cada hijo se le ha concedido una gracia particular, diseñada en la eternidad, implantada en la gestación y lista para desarrollarse en el nacimiento.

CITAS ESCOGIDAS



Alabar es la verdadera y más alta función del lenguaje. *G. Campbell Morgan*

Nuestra visión siempre determina la calidad de nuestra labor. *J. H. Jowett*

La verdadera vida del creyente – esto es la vida de Cristo en él – es una vida que está siempre germinando de la muerte. *Evan Hopkins*

Cuanto más de Cristo tenemos en nuestros corazones, menos espacio tenemos para nosotros mismos. *R.C. Chapman*

El alma tiene que llegar al punto de descubrir que no existe nada en que ella pueda apoyarse, a no ser la profunda bondad de Dios. *J.N. Darby*

Gracia es el deseo y el poder que Dios da para ayudarnos a responder a cada situación de la vida de acuerdo con Su voluntad. *D. Fromke*

Dios está más interesado en ver que Cristo está siendo transmitido en su servicio, que en ver algo realizado exteriormente. *Stephen Kaung*

cartas de nuestros lectores

Estudios bíblicos

No encuentro palabras para agradecer tanta bendición recibida por Uds. En cada línea de la revista es claro notar todo el amor puesto. Les cuento que participo en un grupo universitario del Perú y la comparto con ellos. Hacemos estudios bíblicos y tomamos algunos temas de ella.

Quería pedirles a nombre de los chicos de la AGEUP también, si podrían enviar la revista para el movimiento. Yo la recibo en mi domicilio, pero si estuviera en la biblioteca, todos tendrían acceso a ella.

Desde ya, muchas gracias por todo lo que hacen. Definitivamente, es agua viva que se expande.

Atentamente

Raquel Palomino, Lima-Perú.

Palabra sana y fuerte

Les agradezco en el nombre del Señor Jesús la bendición de recibir la revista. Es para mi una gran satisfacción leer las líneas que Dios los inspira a escribir y transmitir a su Iglesia que día con día requiere nutrirse de palabra sana y fuerte para el espíritu y el alma.

Gracias y que el Señor los siga bendiciendo este año, y hasta que él venga.

En Cristo, saludos

Carlos Eduardo Cabrera Ramos, México.

Alabanzas para el Rey de reyes

Dios les bendiga a todos ustedes y les pague. Recibí los acordes de las hermosas alabanzas que me enviaron. En todo el orbe se escuchan las alabanzas para el Rey de reyes, ¡Jesucristo!, y en México también se escuchará la inspiración que el Espíritu Santo ha dado en nuestra hermana República de Chile a ese grupo que adora al Señor con cánticos nuevos.

Que Dios les bendiga.

Con el amor de Cristo, fraternalmente,

H. Abelardo Gracia Álamos, México.

Estudios claros y profundos

Nuevamente les agradezco sus estudios que son muy claros y profundos. Cada vez me identifico más con Uds., y en mis predicaciones, sus enseñanzas influyen mucho. Incluso sus libros también los he prestado a varios hermanos y los han encontrado muy buenos. Últimamente, he estado leyendo «Consagración y servicio» de Eliseo Apablaza, y es precioso. Me despido en el Señor

Carlos Gonzalo Araya, Santiago de Chile.

Para adolescentes

Estoy muy alegre porque durante todo el año pasado he recibido las revistas que han sido de mucha bendición

para mi vida y el ministerio. Soy estudiante de un Instituto Bíblico, y miembro de una Iglesia en Perú y tengo en este año un cargo de mucha responsabilidad.

He utilizado algunas enseñanzas con los adolescentes. Me alegré mucho cuando empezaron a considerar a los niños en esos boletines que son muy didácticos.

Espero seguir recibiendo la revista y así poder bendecir a otros. Doy gracias a Dios por este ministerio que Dios ha levantado para ayudar a través de esas enseñanzas que nos motivan a seguir trabajando. Que Dios les bendiga y puedan llevar el mensaje hasta lo último de la tierra.

Moises Aslan Mosanapón, Perú.

Orando por el ministerio

Les escribo desde la provincia de Formosa, Argentina. Quiero comunicarles que mi familia, otros hermanos y yo estamos siendo muy bendecidos con la página de Internet, las canciones y la revista. Nos gustan mucho el suplemento de jóvenes y las reflexiones.

Quiero felicitarles. Estamos orando mucho por este ministerio, los amamos en el amor del Señor. Sigán adelante y que el Señor les siga bendiciendo y prosperando.

Juan Carlos Toledo, Formosa, Argentina.

Oración por Venezuela

Les saludo en el nombre de nuestro Salvador Jesucristo, rogando al Dios Vivo, continúe derramado sus ricas bendiciones en cada uno de los que contribuyen a la elaboración de tan preciosa revista. Yo la recibo en la empresa donde trabajo, y después de leerla se la presto a algunos compañeros.

Les ruego oren por Venezuela. Aquí hay un pueblo que no se inclina delante de dioses extraños, sino que se arroja en la presencia de Jesucristo.

Bueno, hermanos, Dios los bendiga.

Su hermana en Cristo.

María Ríos Car. rera, Caracas, Venezuela.

Desde Cuba

¡Dios les bendiga!

Por medio de ésta les solicito la renovación de la suscripción de su revista, para los hermanos que la estábamos recibiendo acá en Cuba. Además, quisiera expresarles mi gratitud al Señor y a ustedes por el fraternal gesto de enviarnos gratuitamente Aguas Vivas, que ha sido de gran bendición y edificación para nosotros, teniendo en cuenta que nos resulta muy difícil el acceso a la literatura cristiana. Muchas gracias!

Saludos en Cristo Jesús.

Yaima Gutiérrez Valdés, Artemisa, Cuba.

Por razones de espacio, las cartas han sido resumidas.
Toda bendición procede de Dios; por tanto, toda la gloria es para Dios

COLABORE CON «AGUAS VIVAS»

¿Ha estado leyendo algo edificante en algún libro, periódico, revista o página Web cristianos? ¡Comparta la bendición con los demás! Agradeceremos sus colaboraciones para las secciones "Perfiles", "Citas escogidas", "Para Meditar", "Maravillas de Dios", y "Anekdótico" de "Aguas Vivas". Al hacerlo, por favor, adjunte los datos de la fuente, y sus propios datos personales (nombre, ciudad, país). Enviar a: redaccion@aguasvivas.cl ¡Muchos le agradecerán!

¡Renueve su suscripción de "Aguas Vivas" para el año 2003!

En Chile: \$6.000 anual, 6 ejemplares (incluye correo aéreo)

Contactarse con Jorge Geisse Dumont, Fono/Fax (45)642904 · E.Mail: jgeissed@hotmail.com · Correo Postal: Casilla 3050, Temuco, Chile.

CRISTO, NUESTRO CANAÁN

(Episodios de nuestro descanso prometido en Cristo)



Abraham: la fe en la promesa

Hebreos 11:8-10

Del vértice de aquel cordón de montes vislumbra el horizonte el fiel patriarca: es Abraham, sin prole todavía, que más allá de Canaán extiende el aguileño rostro sorprendido. Deléitase observar esas praderas, los valles y la fronda exuberante, estadios donde Dios construye un reino. Por fe también ha visto multitudes, y por sus lomos ve venir a Cristo en un lejano punto de la historia. ¡No hará pregunta alguna: Dios ha hablado!

Moisés: la ley que mata

Deuteronomio 34:1-6

La tierra que no es tierra sino cielo, al otro lado del Jordán, es Cristo. Y desde el monte Pisga Dios permite que allí contemple su Moisés la herencia, que no podrá pisar jamás su planta, aunque sus ojos nunca se oscurezcan ni pierda el gran legislador su gracia. ¡La muerte de Moisés ha sucedido! El hombre de la ley está ya muerto. ¿Y quién podría continuar la marcha a Canaán, la Tierra Prometida? ¡Levántate Josué: es tuyo el mando!

Josué: la gracia en la debilidad

Josué 1:1-5, 11

Entró Josué en escena: Dios lo mueve. Mientras vivió Moisés, Josué callaba, desierto, cruz y muerte ha saboreado, La tierra prometida es un regalo, es gracia con la cual Dios favorece, y tal la Canaán que Cristo ofrece. ¡La histórica promesa ha de cumplirse! Esclavitud, gigantes, muros, caen, y es Dios el que decide la conquista. Resurrección, quietud, descanso, vida: ¡En Cristo-Canaán hay pleno gozo, estamos en la Tierra Prometida!

Claudio Ramírez L.



Este libro es una selección de veinte mensajes de la serie "Mensajes desde Centenario", compartidos en Temuco durante el año 2002.

Pertenecen a varios predicadores, sus temáticas y estilos son diversos, pero su fin es el mismo: la exaltación del Señor Jesucristo y la edificación de su Cuerpo que es la iglesia.

Sin duda, lo que bendijo a unos pocos reunidos para la palabra en un determinado lugar, puede bendecir a los muchos a través de las páginas de este libro en cualquier lugar.

Solicítelo a: Jorge Geisse Dumont, Fono/Fax (45) 642904, jgeissed@hotmail.com o a la Casilla 3050, Temuco, Chile.

18,5 x 13,5 cms, 213 páginas, 2003.